

1977
DAL
CIÓN

JUAN
NOMADE NUEVA
DE BIBLIOTECA

SINUÉS
EL
GETRO
DE
FLORÉS

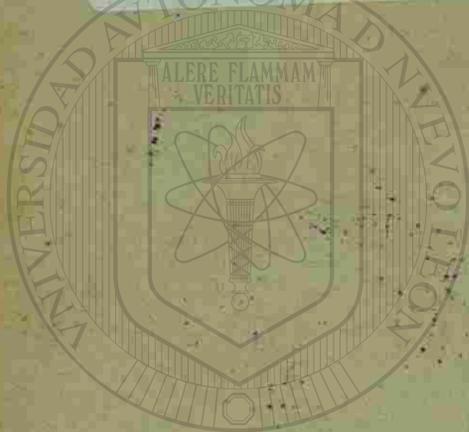
Y. 85
Cl.
V. 2

1957
P. 0557
Y. 85
Cl.
V. 2

1957
P. 0557
Y. 85
Cl.
V. 2



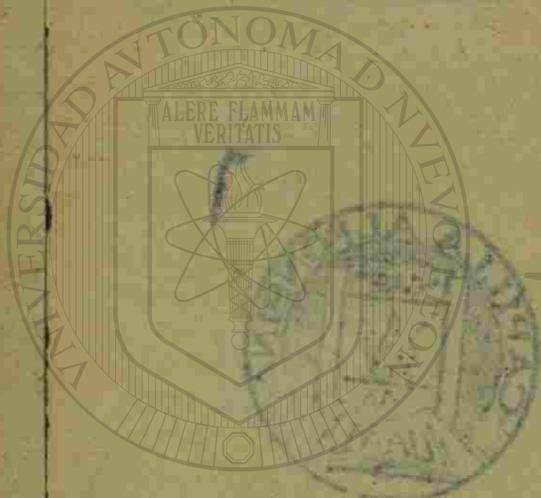
1020027404



FONDO
RICARDO CARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

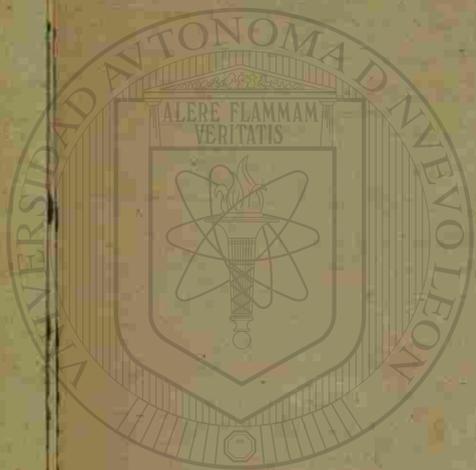
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. 398.2
Núm. Autor 5618 c.
Núm. Adg. 33868
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasific. 54
Catálogo _____

EL CETRO DE FLORES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





EL
CETRO DE FLORES,

COLECCION DE LEYENDAS

BASADAS EN LAS

OBRAS DE MISERICORDIA,

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO,

DEDICADAS

A S. A. R.

el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias

D. ALFONSO DE BORBON,

Y PUBLICADAS

con la aprobacion de la censura eclesiástica
y de la fiscalía de novelas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE BORBON"
CALLE DE TRUJILLOS, MEXICO

ADMINISTRACION:

calle de Trujillos, núm. 3, cuarto segundo.

MADRID.

33863



EL
CETRO DE FLORES,

COLECCION DE LEYENDAS

BASADAS EN LAS

OBRAS DE MISERICORDIA,

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUES DE MARCO,

DEDICADAS

A S. A. R.

el Sermo. Sr. Príncipe de Asturias

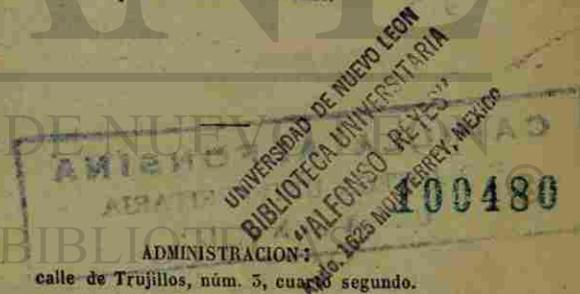
D. ALFONSO DE BORBON,

Y PUBLICADAS

con la aprobacion de la censura eclesiástica
y de la fiscalía de novelas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



ADMINISTRACION:
calle de Trujillos, núm. 3, cuarto segundo.

MADRID.

33863



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Es propiedad de la autora: que
se depositó en el depósito que previene
la ley.

PQ0567

55

64

V. 2

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FONSO REYES
CAPILLA ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

U. A. N. L.

MADRID: 1863.—Imp. de M. Tello, Preciados, 86.

LA VIOLETA.

Hay una flor humilde,
que oculta crece
bajo un espeso velo
de fino césped.

Si el sol la mira,
entre su verde lecho
la frente inclina.

Jamás á los festines
lleva su aroma
porque la mata el viento
de la lisonja.

Y es su perfume
emanacion divina
que al cielo sube.

Esta flor ruborosa
es la violeta:
imitad su retiro
y su modestia.

Todos la buscan
con amor, y es acaso
porque se oculta.

Oid, hermosos niños,
la historia bella
que há tiempo me contaron
de una violeta.

Y al concluirla,
nublará dulce llanto
vuestras pupilas.

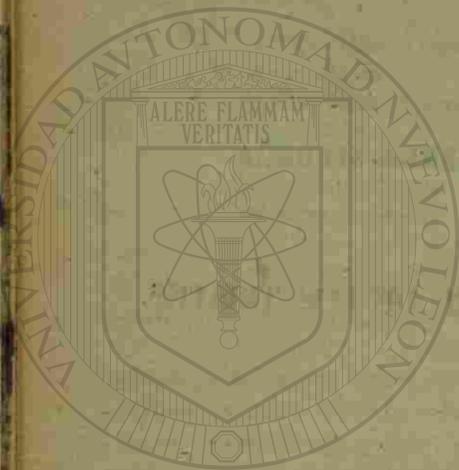
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FUNDADA EN 1922 MONTERREY, MEXICO

LEYENDA SEGUNDA.

EL ÁNGEL DE LOS TRISTES.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I.

Hay en Madrid algunos callejones sin salida, húmedos y oscuros, como que nunca los visita el sol.

En estos callejones suele haber, á cada uno de sus lados, algunas casas muy altas, y si algun rayo del astro benéfico llega á brillar en el pedazo de cielo que, cual una cinta azul, se divisa entre los aleros de los tejados, se queda allí, sin descender al sombrío y húmedo pavimento.

Los habitantes de estas casas son, por lo comun, gentes pobres, que no pueden vivir en barrios más salubres y más alegres.

Cada edificio se divide en muchas viviendas numeradas, que ocupan miserables familias.

Voy á presentaros uno de estos callejones, el cual no solamente no tiene salida, sino que la entrada, que en algunos de sus semejantes está franca, se cerraba con una enorme puerta y un inmenso cerrojo que se corria y descorria á voluntad de los vecinos de una casa sola, pero tan grande, que ocupaba toda la extension del callejon en su parte de la izquierda.

La entrada principal de aquella gran casa estaba por una calle de tránsito poco frecuentada, á la cual daba una fachada adornada con elegantes balcones, colocados con simetría, y con todas las reglas de la moderna arquitectura.

La parte interior del edificio era la que caía al callejon, ó mejor dicho, al pasadizo sin salida, y cuya entrada se cerraba escrupulosamente.

Nada tenían que ver los ricos inquilinos de la parte de la calle con los humildes habitantes de la parte del pasadizo.

Al lado de la derecha de este, caían los numerosos balcones de otra casa decente, pintados de verde y cerrados con persianas; esta casa tenía la entrada por una plaza, situada junto á la calle solitaria donde se ele-

vaba el gran edificio que ocupaba la izquierda del callejon.

Toda esta parte de él tenía ventanas, excepto el cuarto principal, que tenía tres pequeños balcones.

Dejaremos los dos cuartos primeros, y nos ocuparemos del último.

Como si la Providencia hubiera querido alegrar á los más pobres, el sol bañaba las ventanas del cuarto tercero desde poco despues de salir, hasta poco antes de ponerse.

No era aquella una habitacion misera: era solamente una habitacion pobre: porque habeis de saber, lectores míos, que de la pobreza á la miseria hay una enorme y dolorosa diferencia.

Pobre es aquel que con trabajo puede atender á las primeras y más perentorias necesidades de la vida.

Misero es aquel que de todo carece, y que solo cuenta en la tierra con la caridad de las buenas almas.

Los vecinos del cuarto tercero, que caía sobre el lado izquierdo del pasadizo, eran muy pobres, pero no habían llegado á la miseria.

¿Sería porque tuvieran lo más indispensable para subvenir á las necesidades de la vida?

Quizá no.

Pero se advertía en ellos tal dignidad y tanto afán de disimular su penuria, que toda idea angustiosa se disipaba al verles.

Eran, en primer lugar, una señora como de cuarenta años de edad y una niña de trece, que debían ser madre é hija, á juzgar por la semejanza de sus fisonomías.

Parecíanse, sin embargo, como se parece la rosa marchita y casi seca á impulsos del viento asolador de las tempestades, al fresco capullo que se abre en la misma rama.

Doña Clara, que era el nombre de la señora, tenía una alta y magestuosa estatura: sus ojos, de un azul oscuro y brillante, se habían hundido, á fuerza de llorar, bajo los arcos perfectos de sus negras cejas: su tez, de una blancura nacarada en días más hermosos, estaba empañada por un tinte amarillento, sin que por eso hubiese perdido nada de su diáfana tersura: su boca, de labios descoloridos, enseñaba alguna vez dos filas de dientes blancos é iguales, cuando la sonrisa maternal, que le arrancaban las gracias

de su hija, se abría paso entre sus mal reprimidas lágrimas.

Tenía la frente noble y elevada: su cabellera, que aún conservaba una gran parte de la riqueza que en otro tiempo debía haber ostentado, se dividía en dos sedosas y negras bandas, que la coronaban como una rica diadema de abrigantado terciopelo.

Sin embargo, algunas hebras de plata alteraban el ébano bruido de aquella admirable cabellera.

La escasez no había podido modificar los contornos incomparables de su cuello; y los de su pecho y del resto de su figura lucían, más bien que se eclipsaban, bajo los oscuros pliegues del pobre vestido de alepin negro que casi siempre la cubría.

Tal era doña Clara: la desgracia estaba escrita en su frente con imborrables caracteres; pero había en ella algo de angustia que brillaba entre los estragos del dolor.

La niña era el retrato de lo que su madre había sido á su edad, mejorado aún por la mano de Dios, ese sublime artífice que reproduce á las madres en sus hijas, haciendo á estas más bellas para alegría de aquellas.

Llamábase Mercedes, y excepto los reflejos dorados de su soberbia cabellera castaña, no había en su persona rasgo alguno que no fuese una copia de la hermosura de su madre.

Pero ¡qué frescura respiraba aquella carita sonrosada y redonda!

¡Qué modesta timidez se advertía en sus rasgados ojos azules!

¡Qué dulce y sumiso era su acento!

Mercedes era alta para su edad; y de tal modo, que ya vestía el traje largo que con tanto afán ambicionan las niñas desde los diez años hasta los catorce, en que comunmente se les viste; sus hermosos cabellos se recogían en una gruesa y apretada trenza detrás de su cabeza, dejando descubiertas sus sienes y su frente de una azulada blancura.

La boca de aquella hermosa adolescente era encarnada como una cereza; su nariz muy pequeña y delicada; sus mejillas de una encantadora y satinada redondez.

Llevaba un humilde vestido de indiana oscura, despintada ya á fuerza de lavarla; un delantalillo negro, y un cuello blanco que volvía sobre el cerrado escote de su traje.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

II.

Doña Clara era viuda: su esposo, comerciante acaudalado, había perdido toda su fortuna por la mala fé de sus corresponsales y por un pleito, más largo que su vida, que le abrió el sepulcro antes de verle terminado.

La pobre mujer quedó sin más recursos que los que podía haberle proporcionado la venta de sus alhajas y mueblaje, que era suntuoso; pero, después del fallecimiento de su marido, ganó el pleito la parte contraria, y, para pagar las costas, tuvo que vender cuanto tenía.

Habiale quedado un hijo mayor que Mercedes, y que contaba veinte años de edad;

pero aquel hijo ¡ay! hacia nueve que estaba ciego.

La vista de esta terrible desgracia aceleró la muerte de su pobre padre, que no pudo hacerse superior á ella.

La infeliz familia, despues de la pérdida total de su fortuna, fué cambiando sucesivamente de habitaciones, siendo cada una de las que ocupaba más pobre que las anteriores, y viniendo por fin á habitar aquel cuarto interior que rentaba un alquiler muy módico.

No era muy pequeño, sin embargo.

Constaba de una sala de regulares dimensiones, sobre cuyas paredes blanqueadas se veian colgados algunos cuadros, encerrados en marcos oscuros, que contenian imágenes de santos.

Una papelera antigua, una mesa de pino pintado, sobre la cual habia un pequeño tocador, y algunas sillas de anea, constituian su mueblaje.

En la alcoba, cuyas puertas sin cristales estaban cubiertas con dos cortinas de percal blanco, habia un gran lecho, en el cual dormian doña Clara y su hija.

Saliendo de aquella sala, se encontraba

un recibimiento que tenia dos puertas cerradas.

La una daba paso al cuarto de Guillermo, el pobre ciego; y la otra á una cocina pequeña y aseada.

Dentro de esta, habia un cuartito destinado sin duda á servir de despensa; pero como la familia Rocamora,—este era su apellido,—no tenia nada que guardar, habia colocado allí un armario que contenia alguna ropa blanca, ya muy vieja y zurcida, una levita muy usada de Guillermo, y un vestido, que no estaba en mejor estado, de su hermanita.

La pobre madre no tenia más vestido que el que llevaba puesto.

En aquel cuartito habia, además, una mesilla coja que sostenia algunos libros de Mercedes; los que ella habia usado para leer en el colegio, y que eran *El amigo de los niños*, *las Páginas de la infancia*, *el Fleury* y *el Compendio de la historia de España*.

Aquellos libros constituian todo el recreo de la pobre Mercedes, que era muy apasionada á leer, y que, aunque los sabia de memoria, repasaba sus páginas siempre que tenia un momento libre.

No había más habitaciones en la casa: como ya he dicho, en la alcoba de la sala dormía doña Clara y su hija; arrimada á la pared se veía una mesa que, á las horas de las comidas, se colocaba en el centro, porque la sala servía también de comedor.

Fáltame describir el cuarto de Guillermo, de lo cual no quiero dispensarme, porque ofrecía una extraña particularidad.

La habitación del ciego estaba adornada hasta con lujo.

Enfrente de la puerta de entrada, cubierta con un tapiz que había ostentado los más hermosos matices en otro tiempo, pero cuyo color estaba deslucido á la sazón, había un elegante lavabo de caoba con tablero de piedra blanca, y, sobre él, algunos frascos de cristal de roca y tres ó cuatro cajas de porcelana que contenían jabón perfumado, polvos para los dientes y pasta de almendras que exhalaba un delicioso aroma.

En la parte superior del mueble, y sostenido por columnas delgadas, se alzaba un espejo redondo y de una hechura elegante.

Cuatro sillas con asientos de terciopelo color de granada, y una hermosa y cómoda butaca con flecos y borlones de seda, armo-

nizaban con las cortinas de muselina blanca que caían delante de la ventana.

El lecho, de hierro bruñido, tenía también cortinas de muselina blanca, bordadas de flores con estambre alemán, cuyo efecto es mucho más fresco y encantador que el de la seda.

Además del lecho, había en la alcoba una elegante mesita de noche, un ropero pequeño que contenía dos ó tres prendas desechadas ya por viejas, y un reclinatorio forrado en raso azul y bordado de oro, obra de su buena madre en días más felices.

¿Cómo había en aquella habitación tanto lujo, estando tan pobre el resto de la casa?

¡Ay! Era que aquella santa madre y aquella hermana angelical querían, á toda costa, ocultar al pobre ciego la escasez en que vivían.

El trascurso de esta historia os hará conocer mejor, lectores míos, la adorable virtud de aquellas nobles criaturas, porque vamos á encontrarlas reunidas en la sala.

Eran cerca de las cinco de una bella tarde de Abril.

Sentada doña Clara junto á una de las

ventanas de la sala, cosía en un lienzo muy duro y tan moreno que, inmediatas á aquella grosera tela, sus manos parecían de marfil bruñido.

Lo que cosía era lienzo llamado *de munición*; es decir, camisas para los soldados de uno de los regimientos que á la sazón se hallaban en Madrid.

El llanto que de continuo le arrancaban sus pesares, había amenguado tanto la vista de la infeliz señora, que ya no podía ocuparse en ninguna labor delicada.

Frente á ella, bordaba Mercedes una manga perteneciente á una rica camisa de mujer.

El dibujo era precioso; pero los ágiles dedos de la niña, acostumbrados á moverse con sobrada ligereza, no le daban todo el primor que exigía; los contornos de las flores aparecían confusos, pues requerían mucha paciencia, y la pobre niña se había visto obligada á trabajar para comer un poco de pan cada día.

¡Oh, vosotros, opulentos y dichosos de la tierra! No sabéis, no podeis saber lo angustioso que es tener que trabajar para comer; una fiebre ardiente discurre por las venas é

inflama el cerebro ocupado por esta sola idea:

—¡NO TENGO PAN!

Y las manos se entorpecen, y los objetos dan vueltas en derredor, y los oídos zumban con un ruido horrible que aturde, que enloquece.

Mercedes no sentía esto aún.

Era muy niña todavía para sentir ese dolor homicida que nace de la misma claridad del raciocinio y de la razón, y del cual se libran todas aquellas criaturas de escasos alcances ó de limitada sensibilidad.

Mas los efectos de la escasez extrema y cercana á la miseria se dejaban ver en ella en relacion á su misma edad.

Aquella niña, que hubiera sido primorosa en todas las labores y aventajada en todas las habilidades si la suerte le hubiera sido más propicia, era solamente una criatura vulgar, y á veces menos que vulgar, porque otras hubieran desempeñado lo que ella hacía con mucho más primor.

Cerca de Mercedes, se hallaba sentado Guillermo, cuyo trage hacía tan extraño contraste con el de su madre y hermana,

como el que formaba su aposento con el resto de la casa.

El jóven estaba envuelto en una elegante bata de merino con flores brochadas de seda.

Un gorro de terciopelo, con una hermosa borla de seda y oro, cubria su cabeza poblada de bucles castaños, y sus piés estaban encerrados en unas babuchas de tafilete verde.

Guillermo era hermoso; pero más que su hermosura llamaban en él la atención la expresión varonil de su semblante y la energía escrita en sus facciones correctas y tranquilas.

Sus ojos, cubiertos de una ligera niebla, eran grandes, oscuros y muy hermosos; sus cejas, anchas y levantadas, daban claros indicios de la fuerza de su imaginación y de lo apasionado de su carácter, dotado de una extraordinaria vehemencia.

Por eso la pobre madre trataba de ocultar el estado de penuria en que vivían; si Guillermo hubiera podido sospecharlo, se hubiera vuelto loco ó muerto de desesperación.

Muchas veces derramaba lágrimas silen-

ciosas cuando se hallaba solo en su cuarto, pensando en que, á no ser por estar privado de la vista, hubiera podido trabajar y hacer adelantos en las ciencias, en las artes, en la milicia ó en la legislatura.

¡Qué hubiera sido del infeliz jóven si hubiera podido saber que era una carga para su desgraciada madre y para su pobre hermanita! Sufria creyendo á su familia en el seno del bienestar y de la abundancia: ¡cuál hubiera sido su tormento si hubiera podido suponer hasta dónde llegaba su pobreza!

Por eso doña Clara habia procurado hacer más tupido el cendal que velaba los ojos de su hijo: por eso le ocultó la pérdida del pleito, el decaimiento progresivo de su fortuna y la venta sucesiva de todos sus muebles.

En la tarde de que voy hablando, hacia rato ya que Guillermo, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, guardaba silencio y permanecía inmóvil.

—Mamá, dijo de repente y tocando una silla que habia inmediata á él: mamá, ¿cuándo estará renovada la tapicería de nuestras sillas y de nuestros sillones?

—Pronto, hijo mío; contestó doña Clara con voz que procuraba hacer segura para no alarmar al jóven.

—¡Me hace un daño pensar que tenemos sillas de anea! continuó Guillermo apartando con repugnancia su fina y pequeña mano del asiento de la silla que poco antes estaba tocando.

—Tú eres una pobre sensitiva á quien todo hace daño, hijo mío; dijo doña Clara, cuyo acento tomó, sin poderlo ella evitar, una inflexion muy triste.

—¿Y lo lamentas, madre? preguntó el ciego.

—Lo lamento, hijo mío, porque con esa extrema sensibilidad de carácter, con esa delicadeza de corazón, nunca podrás ser feliz.

—Ahora padezco, madre mia; no te lo niego.

—¡Padesces! ¿Por qué? ¿Qué tienes? ¡Vamos, hijo, dimelo! exclamó alarmada la amorosa madre.

—Padezco, continuó Guillermo, porque me parece, mamá, que te vas volviendo avara.

—¡Avara mamá! repitió Mercedes, que no

pudo contener aquel impetu de su carácter, al oír á su hermano.

Doña Clara estrechó la mano de su hija, estampó en su frente un beso silencioso, y luego, con acento alegre, dijo, al mismo tiempo que corrían por sus mejillas dos lágrimas silenciosas:

—¡Es verdad, Guillermo! ¡Me he hecho un poco avara, por tí y por tu hermana! ¿Qué quieres? No teneis á nadie más que á mí, hijos míos, que vele por vuestro porvenir.

—¡Ah, madre mia! ¡Si Dios no me hubiera quitado la vista, no tendrias que pensar en el porvenir! exclamó Guillermo, cuyas facciones retrataron un dolor tan vivo y agudo que espantó á su madre.—Esta se apresuró á responder:

—Pero, hijo mío, quizá mi prevision y mi deseo de ahorrar son infundados: nada nos falta y...

—¡Debia sobraros todo! repuso con amargura el ciego; ¡oh! continuó: ¡oh, Dios mio! ¡dejadme vivir la mitad de los años que me teneis destinados; pero devolvedme la vista!

Al hacer esta súplica, clavaba en el cielo raso de la habitacion sus ojos sin luz, y por

sus pálidas mejillas corrían dos gruesas y amargas lágrimas.

—Hermano, ¿no conoces que haces padecer mucho á mamá? dijo Mercedes tomando una mano de Guillermo: ¿por qué quieres vivir poco? ¿Qué sería de nosotros sin tí?

—¡Para lo que os sirvo!... observó el ciego doblando sobre el pecho su abatida cabeza.

—Eres un ingrato, Guillermo, dijo con voz alterada doña Clara.

—Es verdad, mamá; perdóname, respondió el jóven buscando á tientas la mano de su madre, que besó así que pudo asirla; soy injusto; pero ¿no es un dolor que á los veinte años esté yo sin vista? ¡Sin vista, cuando podía acompañaros á todas partes, y contemplar vuestra belleza y vuestros elegantes trages! Porque yo me acuerdo, mamá, de que tú eras una mujer extraordinariamente hermosa, y de que mi hermana tenía una cabeza angelical en un cuerpo de hada.

—¡Lisonjero! exclamó con dulzura la señora de Rocamora, en tanto que cosía con febril afán; luego, alzando la cabeza, recomendó á su hija que se diese la mayor prisa posible.

—Mamá, dijo tras algunos momentos de silencio el pobre ciego: he oído leer al vecino del cuarto de abajo el anuncio de las funciones de teatro, y sé que en el Príncipe se hace *La alquería de Bretaña*; ¡vamos al teatro?

—Hijo mio, me duele mucho la cabeza, respondió doña Clara, que, al oír las palabras de su hijo, se puso á temblar.

—Siempre que hablo de ir al teatro me dices lo mismo, repuso Guillermo: ¡cualquiera diría que estamos pobres!

—¡Qué locura, Guillermo! dijo doña Clara. ¿De dónde sacas...?

—¡Me da que pensar tu oposicion á toda clase de diversiones!

—Es que como tú no puedes verlas...

—Puedo oirlas; te aseguro, mamá, que sentado en un palco bajo, bien abrigado, y oyendo un buen drama ó una bonita comedia, lo paso deliciosamente.

—¡Un palco bajo! ¡Dios mio! pensó con terror la pobre madre.

—Mamá, continuó Guillermo, yo no sé lo que pasa en nuestra casa desde hace algun tiempo; tú vas siempre vestida de percal... ¡pues! ¡como ahora!... añadió el jóven tocando con un movimiento rápido el traje

de su madre: Mercedes viste lo mismo... las paredes están sin papel, porque dices que van á estucarlas, y el estuco no llega nunca: las sillas son de anea, porque están renovando las tapicerías de nuestros magníficos muebles: han desaparecido nuestras soberbias mesas de jaspe y mármol, nuestros grandes espejos, y nuestros cuadros al óleo: no hay relojes en casa... no oigo criado alguno, aunque dices que la parte de casa que ellos habitan está lejos de aquí; tú misma haces mi cama y me vistes... Madre, madre... ¿qué pasa?

—Vamos, vamos, ¿quieres callar, loco? dijo esforzándose por reír doña Clara; si no hay papel ni estuco en las paredes es porque al fin he decidido que nos mudemos... no me gusta tener tan cerca á los criados... si vestimos estos trages, es por mi afán de concluir todo lo que tiene un color oscuro, y porque la modista se ha llevado para reformar todos los buenos... He regalado algunos muebles, es cierto, porque no cabían aquí... y en cuanto á los relojes, los he quitado de casa porque ellos habian señalado la hora en que murió tu padre... Vamos, ¿quieres más explicaciones?

—Aún quisiera saber por qué me sirves tú, y no mi ayuda de cámara.

—Porque no te servía bien, hijomío; para una madre siempre es un placer el cuidar á su hijo; pero vamos, no tengas pensamientos tristes, y alégrate, porque me decido á que vayamos al teatro...

La infeliz señora, al decir estas palabras, alzó los ojos al cielo, como pidiéndole valor.

Las azules pupilas de Mercedes chispearon de alegría.

¡Pobre niña! Tenia trece años, y, en su vida de penuria, era un acontecimiento ir al teatro.

Mas aquella centella de gozo se apagó al ver caer abundantes lágrimas de los ojos de su pobre madre.

—Voy á encargár á la doncella que prepare nuestros trages, dijo doña Clara con una voz tan firme, á pesar de su llanto, que bien se conocia el heroico y doloroso estudio que habia hecho de fingir.

Salió en efecto, y Guillermo quedó solo con su hermana.

—Ven, Mercedes, dijo el jóven buscando la mano de la niña; ven y dime la verdad.

—Pregunta, contestó aquella con insegura voz, porque no sabia mentir y temblaba ante las crueles dudas de su hermano.

—Vas á decirme la verdad, continuó Guillermo hallando por fin la mano de su hermanita: ¿qué es lo que sucede en casa? ¿Es cierto que nuestros muebles están renovándose en el taller del tapicero? ¿Que se están limpiando nuestros cuadros? ¿Que esta habitación es muy grande? ¡Mercedes, Mercedes! ¡dime, por Dios, la verdad!

—Todo lo que mamá te dice es cierto, hermano, contestó la niña con voz balbuciente, y mirando por dónde podría huir de aquel interrogatorio que tanto la atormentaba.

—Entonces, ¿por qué tiembla tanto tu mano? exclamó Guillermo, despidiendo chispas de sus ojos nublados por una noche eterna, y oprimiendo con una fuerza convulsiva la pequeña y delicada mano de su hermana.

—¡Suelta! dijo Mercedes; ¡suelta, que me haces daño!

—¿Por qué mientes? preguntó el ciego con doloroso acento.

—¡Déjame! gritó Mercedes.

—¡Estamos pobres... sí... muy pobres, y yo soy una carga para nuestra desgraciada madre y para ti!...

El ciego, al pronunciar estas palabras, dejó caer sus brazos con desaliento, y Mercedes aprovechó la ocasión para evadir aquella escena tan aflictiva para ella.

Mas al ir á entrar corriendo en el cuarto de su hermano para refugiarse en él, oyó unos sollozos ahogados que partían del pecho de su pobre madre.

—¡Dios mio, mamá! ¿qué tienes? dijo Mercedes, cuyas mejillas estaban tambien surcadas por las lágrimas de angustia que le habia arrancado el arrebató doloroso de Guillermo.

—¡Ay, hija mia! ¡pobre hija mia! ¡qué va á ser de nosotros! repuso doña Clara abrazando á su hija deshecha en llanto.

—¡Yo no sé, mamá! contestó Mercedes mezclando sus lágrimas con las de su madre: solo sé que mi hermano abriga la creencia de que somos muy pobres, y esto le hace sufrir de un modo horrible...

—¡Qué!... ¿te ha hablado?... preguntó con angustia doña Clara.

—Sí, mamá.

—¿Y qué te ha dicho?
 —¡Dios mío! He creído que se volvía loco.
 —¿Sospecha acaso?...
 —No solo sospecha: tiene la certidumbre de nuestra pobreza.

Doña Clara alzó los ojos y las manos al cielo: luego dejó caer la cabeza en el respaldo de su asiento y prorumpió en sollozos, en tanto que su pobre hija, en pie á su lado, lloraba también desconsoladamente.

III.

Después de salir doña Clara de la sala, bajo el pretexto de encargarse á su doncella que les preparase los trajes para ir al teatro, se sentó, en el cuarto de su hijo, en el sillón que este ocupaba habitualmente durante las primeras horas de la mañana.

Allí se puso á reflexionar de dónde podría sacar dinero para tomar un palco bajo en el teatro del Príncipe, á fin de satisfacer el deseo de su hijo.

Era un gasto de unos setenta reales con el palco, las tres entradas y el carruaje de que no podían prescindir, porque las pocas veces que salía Guillermo de noche era siempre en carruaje, á causa de su estado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO DE YES"
 Apdo. 1000 MONTERREY, NUEVO LEÓN

¡Setenta reales de gasto, cuando ni un cuarto tenían en casa, cuando así doña Clara como su hija se habían afanado durante todo el día en acabar sus labores para poder cobrarlas y dar algo que cenar á Guillermo!

Más de un lector habrá que culpe la excesiva ternura de aquella madre, y que crea que hubiera sido mas natural y sencillo dejarle ver lo desesperado de su situación.

Esto es, en verdad, lógico; pero no está en concordancia ni con el modo de ser de aquella tierna y delicada madre, ni tampoco con el organismo exaltado del desgraciado ciego.

Su madre únicamente sabia hasta dónde llegaban la sensibilidad, la delicadeza de Guillermo. ¡Y qué no sabe una madre tratándose de sus hijos! ¡Qué pliegue hay en sus corazones que no lean los ojos maternales!

Lectores míos, cuando el universo entero ignora alguna de vuestras amarguras, ¿habéis podido ocultarla á los ojos de vuestra madre? ¿No es verdad que su apasionado cariño parecia leer en el fondo de vuestro pecho, y que su mirada cariñosa os decia del

modo mas elocuente: ¿por qué no me confias la causa de tu pena?

¡No! No hay nada en el mundo tan bueno, tan noble, tan dulce, tan previsor como una madre. Ella es la imagen más perfecta de la Providencia, porque ella es el amparo de todos nuestros dolores y la que cuida de nosotros en todos los momentos de la vida.

El amor materno era lo que inspiraba á doña Clara la extraña conducta que seguia con Guillermo. La infeliz madre temblaba al pensar en la pena de su hijo el día en que supiera que eran pobres, y queria, fiando en Dios, esperar á que la Providencia divina cambiase su cruel situación.

Porque ¿qué habían hecho ellos, pobres inocentes, para padecer tanto?

¿No había sido ella siempre una hija sumisa y obediente, una esposa ejemplar y una amorosa madre?

Así pensaba cuando la amargura la acosaba y cuando su corazón se debilitaba á fuerza de sufrir; y redoblaba las horas de un trabajo tanto más angustioso, cuanto que tenia que ocultarlo á la perspicacia de su hijo.

Temblando ante la evidencia que iba sur-

giendo de las mismas dudas de Guillermo, le prometió que irían al teatro, sin saber cómo cumplirle su promesa.

Solo un medio tenia, y no vaciló un instante en ponerle por obra tan pronto como se le ocurrió á su imaginacion.

Vivia en el cuarto segundo de la misma casa, pero en la parte que daba á la calle, una señora solterona y muy rica.

Esta señora, llamada doña Rita, era alta, flaca y huesuda: tenia para su servicio un lacayo, una camarera de avanzada edad, y una cocinera que contentaba su paladar excesivamente delicado.

La pobre madre, dando vueltas á su abrasada cabeza, pensó en doña Rita como el único recurso de salvacion que se le ofrecia, y bajó corriendo la escalera interior que se unia á la principal.

Cuando llegó á la puerta del cuarto de su vecina, doña Clara tuvo que detenerse antes de tirar del elegante cordón de seda de la campanilla, rematado por una borla.

Todo su cuerpo temblaba de vergüenza y de emocion.

Iba á pedir ochenta reales prestados á una persona casi desconocida para ella.

¿Y para qué?

Setenta para llevar á su hijo al teatro, á un sitio ocupado comunmente por las personas acomodadas y distinguidas de la sociedad.

Los otros diez para dar á aquel mismo hijo un alimento delicado que le sirviese de cena y que le ocultase la penuria de su casa.

¿Sabria comprender aquella mujer sin familia, y que debia ser egoista por naturaleza, el santo sacrificio de la madre que se humillaba hasta mendigar la dolorosa opulencia de su hijo?

Todas estas reflexiones acosaban el corazón de la desgraciada señora al llegar á la puerta de su vecina; de aquella vecina que, segun habia oído decir, era muy rica.

Un reloj del mismo cuarto en que iba á entrar dió las seis, avisándole así que el tiempo pasaba.

Entonces con mano trémula tiró del cordón de seda, produciendo la campanilla un sonido metálico.

Poco despues se oyeron los pasos torpes del lacayo, que preguntó con voz fuerte:

—¿Quién es?

Doña Clara no pudo responder.

Entonces el lacayo abrió el ventanillo y, así que vió á una mujer, abrió.

—¿Qué se le ofrece á V.? volvió á preguntar el lacayo con la manera brusca de los criados de solterones, que, por lo general, lo son también.

—Quisiera ver á la señora, respondió tímidamente doña Clara.

El lacayo desapareció refunfuñando, y poco despues volvió á salir.

—La señora accede á recibir á V., dijo gravemente; pase V.

Doña Clara le siguió; cruzó dos ó tres salas bien amuebladas, y se halló en un gabinete vestido de damasco verde oscuro, en el cual se hallaba la flaca doña Rita.

Estaba ataviada con un traje de seda oscura con grandes ramos de rosas: cubria su cabeza una cofia de encajes de buen gusto y de gran precio, adornada con lazos de color de rosa, y llevaba su reloj suspendido de una gruesa cadena de oro.

Ocupaba doña Rita un sillón inmediato á la chimenea, y al otro lado dormía, en otro igual, un enorme dogo, color de café y le-

che, tan gordo que casi no veía, y tan gruñón que con él mismo se irritaba.

Doña Rita hacia calceta, una calceta muy fina, y la hacia tan lentamente que bien se podia asegurar que su conclusion duraria tanto como su vida.

—Buenas noches, señora, dijo confundida doña Clara al aparecer en la puerta del gabinete.

—Muy buenas las tenga V., contestó la solterona midiendo con una ojeada insolente á aquella pobre señora, vestida con un humilde traje de percal de luto, tan usado ya, que estaba como pardo: tome V. asiento y dígame en qué puedo servirla: retírate, Severo.

El lacayo salió, y doña Rita dió á entender á su interlocutora que esperaba le explicase el objeto de su visita.

Doña Clara temblaba.

Sus ojos estaban fijos en la alfombra: sus sienas zumbaban.

Comprendió, sin embargo, que era forzoso explicar el motivo de su visita, y empezó con ese acento balbuciente y ahogado de las personas tímidas y amedrentadas además por algun sentimiento doloroso y punzante:

—Señora... me veo... en un gran apuro... y... y...

—¿Y... qué? repuso doña Rita irguiéndose en su asiento como si hubiera tragado de repente un asador de hierro.

—Vengo... á... á V.... para... para ver si... si...

—¿Señora, no entiendo nada de lo que V. me dice! exclamó con acritud doña Rita: está V. ahí tartamudeando de modo... que no comprendo una palabra.

—Pues bien... señora... vengo á pedir á V. ochenta reales... que me hacen falta...

—¡Ochenta reales! repitió ahuecando la voz la solterona.

—¿Señora, créame V... me hacen suma falta!... dijo doña Clara con las mejillas rojas de rubor y la voz temblorosa: de lo contrario...

—¿Y quién es V. para tomarse semejante franqueza? Yo no la conozco, ni la he visto nunca...

—Sin embargo, señora... vivo en esta misma casa.

—¡En esta casa!

—Sí, señora: en la parte interior ó del pasado.

—¡Ah! ¡Ya caigo! ¿Será V. esa viuda que tiene un hijo ciego y una hija?

—Soy, en efecto, una desgraciada viuda.

—Bien: ¿y quiere V. que yo le dé ochenta reales, no es así?

—Ciertamente, deseo que me haga V. el favor de prestarme esa cantidad.

—¿Y supongo que será para una urgencia muy precisa?

—¡Ah, señora! exclamó con un arranque impetuoso la pobre madre: ¡con esos ochenta reales puedo salvar á mi hijo de la desesperacion!

—¿Pues qué le pasa, señora? ¡Un chico ciego y que nunca sale de su agujero como si fuera un huron!...

—¡Es que hoy quiere ir al teatro y á palacio bajo, y yo no tengo un cuarto!

La desventurada madre, juzgando por sus sentimientos, dijo estas palabras como si se tratase de la cosa más natural del mundo.

Pero ¡ay, desdichada! que no conocía lo que era el corazón de aquella mujer.

Las flacas mejillas de doña Rita se encendieron mucho más que los lazos de su palatina: chispearon sus ojillos sin pestañas,

33 868

de color gris, y exclamó con voz jadeante de ira:

—¡Hola! ¿Conque esos ochenta reales son para que vaya su hijo de V. al teatro?

—Y para darle un poco de jamon para cenar.

—¡Qué escucho! ¿Conque tiene V. un hijo cuyos vicios alimenta abusando de las gentes, eh? dijo doña Rita exasperada.

—Señora, si yo he venido á pedir á usted ese dinero, ha sido porque temia que mi hijo conociese todo el horror de nuestra situación, repuso doña Clara: él nos cree felices aún... porque yo he procurado, á costa de los mayores esfuerzos, que no se apercibiese de nuestra pobreza... y temo mucho darle un golpe que ha de serle mortal.

—¡Miren qué lástima! ¿Por qué no ha nacido duque? observó con grosería doña Rita. ¡Pues me choca! ¿Conque para velar por la extremada sensibilidad del mozo hemos de ser puestos á contribucion los vecinos?

—No, señora: respondió doña Clara levantándose con dignidad: no recurriré á ninguna otra persona de la casa, para no sufrir otro desengaño.

—¡Y hará V. muy bien! Vaya V. á decir

que le den prestado, ó regalado, porque la traza de V. dice claro que el que le presta le da: vaya V. y verá lo que le contestan.

—¡No iré á nadie! Es V. la única persona á quien he acudido; pero antes de acudir á otra, prefiero que mi hijo sepa la horrible verdad.

Doña Clara, al pronunciar estas palabras, se cubrió el semblante con las manos con un ademan tan lleno de desesperacion, que otra cualquiera persona que hubiera tenido el corazon menos duro que la solterona, se hubiera conmovido profundamente.

—Quede V. con Dios, señora; añadió tras una pausa: ya debia haberme acordado de que V. no es madre, y de que hay ciertos dolores que solo una madre comprende.

—¡Me hubiera V. hecho un singular favor con haber pensado eso antes! repuso doña Rita: ¡y más cuenta le tendria á V. ser soltera como yo, que no pasar esos ahogos! ¡Vaya con el afan de casarse para que luego les mantengan los hijos y hasta les paguen sus vicios!

Doña Clara no quiso responder nada á estas últimas palabras y salió del gabinete.

Volvió á cruzar las dos ó tres salas de pa-

so, que antes habia atravesado para llegar hasta la presencia de la iracunda doña Rita, y se encontró en la antesala sin saber á dónde iba ni de dónde venia.

Allí estaba la camarera de doña Rita, en pié, y al parecer esperándola.

Era una mujer de cincuenta años y de fisonomía bondadosa.

—¡Ah, mi buena señora! exclamó saliéndole al paso: ¿es posible que V. haya podido suponer ni por un instante que mi ama quisiese socorrerla?

—¿Quién no se equivoca alguna vez? murmuró con amargura doña Clara.

—¡Es verdad! Pero si me hubiera V. preguntado, de fijo que se hubiera evitado el mal rato que acaba de pasar. ¿Querrá usted creer, señora, que yo soy viuda y tuve que decirle que era soltera para que me admitiese á su servicio? Odia á los niños, á las jóvenes, y sobre todo á las casadas; pero si V. quiere acertar, dirijase á una hermosa señorita que vive enfrente de su cuarto de V.: yo creo que es una cantatriz del teatro; pero tiene cara de ser muy buena y amable.

—Gracias, señora, respondió con amar-

gura doña Clara, mil gracias: no quiero molestar á nadie con la relacion de mis dolores.

—¿Pero qué le costaba á V. probar?... insistió la camarera, que tenia buen corazon.

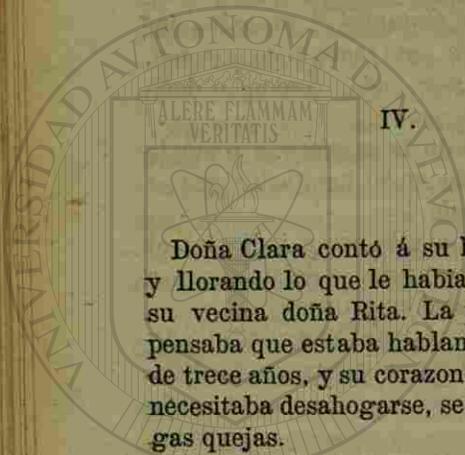
—Que V. lo pase bien, respondió doña Clara, alejándose ya.

Subió lentamente la escalera y tomó la interior, entrando en su habitacion con el corazon desgarrado.

El aposento que más cerca halló fué el de su hijo: penetró en él, y dejándose caer en una silla, rompió en sollozos.

Así la encontró la pobre Mercedes cuando escapó del arrebató doloroso de su hermano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTENEGRO, MEXICO



Doña Clara contó á su hija ligeramente y llorando lo que le habia acontecido con su vecina doña Rita. La pobre señora no pensaba que estaba hablando con una niña de trece años, y su corazon, que se rompía y necesitaba desahogarse, se exhaló en amargas quejas.

Mercedes la oia llorando tambien: su gracioso semblante, desfigurado por una contraccion dolorosa, expresaba la más grande afliccion.

De repente se oyó un canto fresco y melodioso entonado por una garganta de sorprendente agilidad.

Era una voz jóven, encantadora: de un acento admirable y lleno de dulzura y poesía.

Doña Clara, absorta en su pena, no la oyó; pero la fresca carita de Mercedes se vistió de alegría, así como el cielo se viste de dorados reflejos cuando el sol sale de entre el lecho de pardas nubes donde suele ocultarse.

Luego, y sin que su madre se apercibiese de ello, salió ligeramente del cuarto, y continuando la escalera que llevaba al descansillo donde estaba situada la puerta de su vivienda, se halló en un aposento muy bajo de techo, que era ni más ni ménos que una boardilla, inhabitada por sus malas proporciones y su posicion insalubre.

Aquella boardilla tenia una ventana estrecha y muy baja que salia al tejado de la casa.

Mercedes corrió á ella sin vacilar: salió al tejado, que ya comenzaba á humedecer el rocío de la tarde, y miró con ansia hácia todos lados.

El crepúsculo extendia ya su incierta luz, pues eran las siete de la tarde: el tejado, húmedo, dejaba ver entre sus grietas un tinte verdoso y algunas yerbecillas nacidas allí por efecto de la lluvia.

Era el tejado muy extenso, indicio de la

gran anchura y capacidad de la casa: por el lado donde se hallaba Mercedes, muchas chimeneas señalaban las diferentes habitaciones, y no muy lejos se alzaba la esbelta torre de una iglesia vecina.

Á este tejado se hallaba unido el de la casa inmediata por medio de fuertes vigas cubiertas con yeso, y sobre estas vigas se abrían otras ventanas más anchas que las de Mercedes y que presentaban muy distinto aspecto.

Eran dos, bajas y un poco anchas como lo son casi todas las ventanas de esos risueños aposentillos, colgados en lo alto de las casas como los nidos de los pájaros.

Las puertas de vidrios, engastadas en marcos de madera azul barnizada, estaban cubiertas por blancas cortinillas de muselina lisa, recogidas por lazos de cinta azul.

Delante de una de las ventanas, la primera, había una maceta de porcelana blanca, muy elegante, cubierta de follaje verde, entre el cual asomaban ruborosas algunas violetas de aterciopelado color, y cuyo aroma llegaba hasta donde se hallaba Mercedes.

Junto á aquella ventana se hallaba sen-

tada una jóven que no pasaria de los quince años y que era en extremo hermosa.

Largos rizos rubios caían por sus mejillas, blancas, suaves y teñidas con un leve color de rosa: sus ojos azules tenían la calma y suavidad del cielo en un bello día de otoño.

Llevaba un vestido blanco y liso sujeto á su talle delicado y flexible con un cinturón de moaré color de violeta, y en su pecho lucía un ramillete de las mismas flores.

La jóven estaba inclinada sobre un caballete donde había un lienzo extendido, en el cual pintaba con gran atención, aprovechando las últimas horas de luz.

La brisa de la tarde pasaba por entre los sedosos bucles de sus cabellos dorados, acariciándolos blandamente.

La estatura de aquella jóven era alta, esbelta y admirablemente proporcionada: sonreía trabajando como si gozase de una felicidad infinita, y de cuando en cuando soltaba un trino armonioso y lleno de dulzura.

Mercedes fijó, por fin, sus ojos en aquella ventana, y lanzó un ligero grito de alegría.

—¡ Esther! exclamó acercándose con la

misma ligereza que si hubiera andado por piso llano.

—¡Ah!... ¡Mercedes! ¡Eres tú! dijo la joven artista levantando la cabeza del caballete.

—Sí... yo soy: te oí cantar y creí que estarías en el tejado.

—Me he entretenido con este ramillete de violetas y jacintos: mira.

Y la joven hizo señas á Mercedes para que contemplase lo que estaba haciendo.

—¡Ay, qué feliz eres, Esther! exclamó Mercedes con un suspiro: tú pintas flores; ¡tienes flores y alegría, y yo!...

El llanto cortó el acento de la pobre niña.

—¿Qué te pasa? preguntó Esther alarmada: ¿por qué lloras así?

—Ya sabes que mi hermano ignora que somos pobres, porque mamá y yo ponemos el mayor cuidado en engañarle.

—¡Sí, Mercedes! ¡Sois unas santas!

—¡No todos piensan así! dijo la niña enjugándose las lágrimas: figúrate que esta tarde dijo que quería ir al teatro y á palco bajo... Ya se ve, como cuando papá vivía estaba acostumbrado á ir siempre así, ahora no hay quien le hable de ir á un asiento modesto.

—¡Y bien!

—¡Y bien! ¡No había un cuarto en casa! No me da vergüenza de decírtelo, Esther, porque tú eres mi amiga, la única que tengo.

—¡Sí, yo soy tu amiga! repitió la bella pintora sentándose al lado de Mercedes sobre las húmedas tejas.

—¡Por eso te lo cuento todo! repuso la niña; ¡y además te lo cuento porque, si no, se me rompería el corazón de dolor y de angustia! No tengo con quien hablar, porque mamá está tan afligida que solo necesita de consuelos, y contigo únicamente puedo desahogar mi pena; pero es muy tarde y van á llamarme.

—Acaba de decirme lo que te aflige tanto.

—Pues bien; mamá, viéndose apurada por la repentina pretension de Guillermo, y no sabiendo qué hacer, bajó á casa de la vecina del cuarto segundo para ver si le quería prestar ochenta reales.

—¿Quién? ¿Esa vieja egoísta prestar? exclamó Esther con una carcajada no menos dulce que su canto. ¡Ay, Dios! ¡Pues si nó llama un pobre á su puerta que salga socorrido! ¡Dos cuartos de limosna le duelen,

y quería tu mamá que le prestase cuatro duros!

—No sabía á dónde acudir...

—¿Y se los negaría, verdad?

—Se los negó.

—¡Es claro! ¡No podía hacer otra cosa! Por tener tan perverso corazón se ha quedado para hacer cofias á Santa Ana: ¡hasta sus criados son ridículos! ¡Querrás creer que porque me oyen dar lección de música dicen que soy cantatriz del teatro?

—¿Cómo puede ser eso, si las señoras que cantan en el teatro son tan altas y tan gruesas, y de más edad que tu mamá! observó cándidamente Mercedes.

—Ahí verás si esa gente carece de sentido comun; pero vamos á ver, ¿cómo saldrá tu pobre mamá del apuro en que está para llevar á tu hermano á la comedia?

—¡Ay! No lo sé, dijo Mercedes con desaliento: no tiene medio de realizar ese deseo; y no es eso lo peor.

—¿Pues qué más hay?

—¡Mi hermano ha empezado ya á sospechar nuestra pobreza!

—¡Dios mío! exclamó Esther alarmada.

—¡Ha conocido, por fin, que los pobres

cuadros que adornaban nuestras paredes no son los magníficos cuadros al óleo comprados en Venecia y en Mántua por mi padre! Que mi madre y yo usamos trages de india-na en lugar de las sedas y encajes que usá-bamos en mejores tiempos, y que no hay un solo criado en la casa!

—¡Oh! ¡Es preciso desvanecer sus dudas! dijo Esther levantándose.

—¡Pero, cómo, cómo! repuso Mercedes con angustia.

—¿Cómo? ¡Ya verás! Yo puedo ayudarte.

—¡Tú!

—¡Sí! Dios pone mucho de su parte para el alivio de los que sufren y son buenos, y hoy me ha dado á mí un medio para que pueda aliviar tu dolor. Espérame aquí.

Esther saltó desde la ventana á la silla donde habia estado sentada delante del caballo, y un instante despues Mercedes la oyó bajar corriendo la escalera.

—¿Á dónde irá? se preguntó la pobre niña, que quedó inmóvil.

Luego, llevando á la frente su mano delgada y ajada por las rudas faenas de la casa, añadió con un suspiro de consuelo:

—¡Ay! ¡qué peso se me quita de aquí!

Después quedó pensativa esperando á Esther con una impaciencia febril.

Veía que la luz de la tarde había ido dando lugar á las sombras de la noche; de cada balcon, que se distinguía á lo lejos, de cada ventana, que poco antes parecía un ojo negro, salía una luz brillante en medio de las tinieblas.

Rodaban los coches que se dirigían á los teatros, y los vendedores de los periódicos atronaban con sus gritos las calles vecinas.

Oyéronse, por fin, los ligeros pasos de Esther, que subió la escalera precipitadamente.

Á pesar de la casi oscuridad que reinaba, Mercedes pudo ver la alegría escrita en el rostro de su amiga: esta saltó al instante sobre la silla en que había estado sentada, y salió al tejado donde Mercedes se hallaba aún.

Era tan comedida, tan delicada la pobre niña, que no se había atrevido á penetrar en el aposento donde pintaba Esther.

Esta, no bien se halló junto á Mercedes, sacó de su bolsillo un paquetito.

—Toma, le dijo: aquí tienes un palco ba-

jo para el teatro del Príncipe y tres entradas. Mamá había enviado á buscarle para ir conmigo y con mi aya, pero le he contado tu apuro y me permite cedértelo.

—¡Ah, qué fortuna, Dios mío! exclamó Mercedes dando saltos de alegría sobre el tejado con riesgo inminente de caerse al patio. ¡Qué contenta va á ponerse mi pobre mamá!

—Toma además, continuó Esther: aquí tienes dos napoleones que mamá me regaló ayer, por ser día de su cumpleaños, para que comprese un abanico.

—¿Pero vas á quedarte sin él?

—¡Eso qué importa? Tengo ya muchos.

—Voy corriendo á llevar esto á mamá, y no te doy las gracias por lo que has hecho por mí, porque sé que en ello eres tú más feliz que yo.

—Es verdad.

—¡Adios, pues! Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Las dos amigas se abrazaron con ternura, y Mercedes cruzó rápidamente el tejado: entró en la boardilla, y bajando la pequeña escalera que conducía á su habitación, volvió á penetrar en ella.

Encontró á su madre en el mismo sitio en que la habia dejado.

La infeliz señora, anonadada por su dolor, no habia tenido fuerzas ni aun para moverse de su asiento.

Mercedes echó en la falda de su madre el paquete de billetes y los dos napoleones, y le contó ligeramente lo que habia pasado.

—¡Ah, hija mia! exclamó doña Clara, ¡Dios te bendecirá por el consuelo que hoy das á tu pobre madre!

Inmediatamente entró en la sala, de la cual aún no se habia movido su hijo, y le dijo con voz alegre:

—Vamos, Guillermo; que te ponga Mercedes la levita, pues va á venir el coche para llevarnos al teatro. Yo voy á vestirme.

Estas palabras disiparon las negras nubes que cubrian la tétrica fisonomía del ciego: púsose en pié al instante, y gritó alzando al cielo su mirada sin luz:

—¡Gracias, Dios mío! ¡Me habia equivocado!

Doña Clara, en vez de ir á vestirse, segun habia dicho á su hijo, salió de su casa y fué

al sitio de coches más inmediato para tomar uno que la condujese, con sus hijos, al teatro.

Media hora despues, y en un palco bajo del teatro del Príncipe, ocurría una escena que tenia tanto por lo menos de extraña como de triste.

En el antepecho, y de espaldas al escenario, un jóven de hermosa fisonomía, pero ciego, parecia escuchar con suma atencion los interesantes diálogos, las escenas desgarradoras de *La alquería de Bretaña*.

Aquel jóven permanecía inmóvil, con la mejilla apoyada en su mano, blanca y diáfana como si fuera de nácar.

De vez en cuando, una lágrima se desprendía de sus grandes ojos, inmóviles y tristes, y rodaba por sus mejillas, vestidas de una palidez aristocrática, hasta perderse en su fino y rizado bigote, color castaño claro.

Aquella lágrima furtiva, y al parecer tan amarga, ¿era arrancada por las situaciones del drama, ó por el martirio de sus propias reflexiones?

Nadie hubiera podido decirlo.

Todo era extraño, en verdad, en aquel jóven.

Su delicada belleza, la gallardía de su figura, el sello de hondas penas grabado en su semblante, y sobre todo, lo raído y miserable de su traje, de anticuada forma y extremo deterioro.

Hacia el interior del palco se divisaban dos cabezas de mujer.

Dos bellas cabezas: abatida la una, y la otra curiosa, infantil y alegre.

Eran las de la madre y la hermana de Guillermo, pues ya habrán conocido mis lectores al jóven del antepecho.

La pobre madre, rendida por los dolores que la habian acosado durante el dia, agobiada por sus tristes presentimientos, y avergonzándose además de su mísero traje de percal descolorido, se habia sentado en la parte más oscura del palco, y allí procuraba sustraerse á las curiosas miradas de la concurrencia.

En cuanto á Mercedes, el afan de ver algo del drama le hacia adelantar la cabeza, si bien por un sentimiento de doloroso rubor, parecido al de su madre, ocultaba todo lo posible su más que humilde traje.

La hermosa niña no llevaba adorno alguno en la cabeza; y las dos espesas bandas de cabellos que bajaban desde sus sienes, iban á reunirse en la gruesa y sedosa trenza enroscada con infantil coquetería en la parte posterior.

Daba pena ver la expresion de medroso rubor, de doloroso encogimiento que dominaba en aquella cabecita tan preciosa, tan fresca, tan risueña. ¡Ay! ¡el sufrimiento y las privaciones imprimen un sello indeleble hasta en la misma infancia!

Enfrente de aquel palco habia otro que estaba ocupado por tres personas que no apartaban sus miradas de doña Clara y de sus hijos.

Eran una señora como de cuarenta años de edad, un caballero que podria tener cincuenta, y nuestra amiga Esther.

Indudablemente aquellas dos personas eran sus padres: conociase á primera vista por la ternura con que la miraban y por la confianza con que les hablaba ella.

Esther vestia, con una elegancia llena de frescura, un vestido de *foulard* celeste con cuadritos blancos, una camiseta y unas mangas de encaje.

Hubo un instante en que Mercedes fijó la mirada en aquel lado y vió á su amiga.

Su primer movimiento fué de alegría; pero, al ver el lindo traje de Esther, pensó en el suyo, y bajó la cabeza ruborizada, no atreviéndose á saludarla.

En aquel instante y como para disipar los pensamientos dolorosos de la pobre niña, oyó que decían á su espalda:

—Mire V., condesa, esa niña que tanto llama la atención por el primor con que canta y pinta.

—¿Es aquella de enfrente? dijo otra voz.

—Sí, la misma; ya sabrá V. cómo se la apellida á causa de su belleza, de un género muy extraño sin duda.

—Lo sé: la llaman *el Ángel de los tristes*.

—Es cierto: su verdadero nombre es Esther de Valladares.

—¡Valladares! repitió doña Clara saltando convulsivamente en su asiento y volviendo su semblante desenchajado al sitio de donde habia salido la voz que pronunciara aquel nombre.

Solo vió en el palco inmediato á dos elegantes damas que hablaban con tranquilidad y que en aquel instante flechaban sus

lentes á un palco de platea del otro lado del teatro.

La señora de Rocamora siguió la dirección de su mirada y fijó la suya en el mismo punto.

—¡Hija! dijo levantándose y asiendo por un brazo á Mercedes: hija mía, ¿es aquella la jóven á quien tú hablas desde la boardilla de casa?

—¡Sí, mamá! contestó Mercedes atemorizada, porque habia dicho á su madre que se hablaban de ventana á ventana y no que ambas se paseaban por el tejado como dos gatas revoltosas.

—¿Es ella quien te ha dado los billetes para venir aquí y los dos napoleones que me has entregado?

—¡Sí, mamá! Me los echó envueltos en un papel y liados con una cinta.

Mercedes, al decir estas palabras, bajó la cabeza casi sofocada de vergüenza por aquella nueva mentira; y sin embargo, el objeto de ella era bien inocente.

Temia que si su madre sabia que veía á su amiga Esther paseando el tejado, le cerrase la puerta que conducía á las boardillas.

De repente la fisonomía de doña Clara, que, durante el tiempo que habia empleado en hacer las preguntas anteriores, habia retratado una dolorosa indignacion, cambió de expresion retratando un abatimiento triste y profundo.

—¡Estoy loca! dijo: ¡no! aquel hombre no es el que me ha arrebatado la fortuna de mis hijos por medio de una quiebra supuesta, y despues por medio de un pleito injusto. ¡No, no es él! y sin embargo... ¡qué semejanza!

El sordo movimiento que produjo el público al dejar sus asientos, cortó los pensamientos de doña Clara.

El drama habia terminado.

—Mamá, ¿vamos á casa? dijo Guillermo, que en el baile se aburría.

Estremeciése su madre, pero contestó haciendo un esfuerzo para parecer serena.

—Vamos, hijos míos.

Al mismo tiempo, Esther y las personas que la acompañaban se levantaron tambien de sus asientos.

El anciano cubrió los hombros de la señora de más edad con una capa de piel de marta y los de Esther con un albornoz de

armiño, y salieron al corredor á la vez que doña Clara y sus hijos.

Mercedes y su madre llevaban, por todo abrigo, unos viejos y pequeños pañuelos de lana negra, claros como el linon, en fuerza del uso.

Guillermo iba envuelto en una capa muy vieja, pero que afortunadamente él no podía ver.

La familia de Rocamora se halló en el corredor frente á frente con la de Valladares.

Esta brillante, cubierta de galas y perfumes.

Aquella pobre, miserable, hambrienta.

Doña Clara dobló la cabeza con profundo dolor, y acudió á dar el brazo á su hijo para que bajase la escalera.

En cuanto á Mercedes, al pasar al lado de su amiga, halló una manecita, cubierta de un blanco y delicado guante, que estrechó la suya.

Doña Clara y sus hijos llegaron antes al fin de la escalera, porque los señores Valladares les habian cedido el paso con ese respeto que siempre se debe á la desgracia.

Al llegar á la puerta, la señora de Roca-

mora tendió los ojos por toda la extensión de la calle para ver si divisaba algún carruaje de alquiler, pero en vano. Madrid está escaso de coches en ocasiones determinadas, y la numerosa concurrencia de aquella noche los había invadido todos.

Solo uno se veía parado enfrente de una de las puertas del teatro.

Era una berlina azul, elegantemente forrada de raso blanco, y tirada por dos hermosos caballos tordos.

En el pescante había un cochero, y á su lado estaba vacío el asiento del lacayo, que esperaba en pié para abrir la portezuela.

—¡Dios mio! No hay ningún coche, Guillermo, dijo con desconsuelo doña Clara.

—Mis padres me mandan decir á V., señora, que tendrán mucho honor en que usted acepte nuestro carruaje, dijo á este tiempo la dulce voz de Esther detrás de doña Clara.

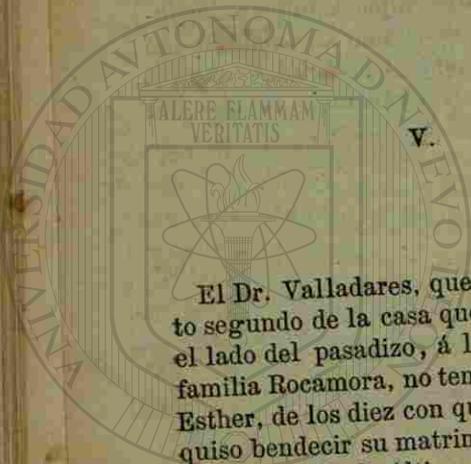
—¡Gracias, hija mia! respondió la pobre señora, que en aquel momento todo lo olvidó ante la alegría de tener un poco de comodidad para su hijo. ¡Gracias! No en vano la llaman á V. *el Ángel de los tristes*.

La señora de Rocamora condujo á sus hi-

jos al elegante carruaje: el lacayo, con el sombrero en la mano, abrió la portezuela: la cerró así que madre é hijos se hubieron colocado, y, después de ocupar su asiento, tomó el cochero las riendas, y los briosos caballos partieron al trote, arrancando chispas del pavimento.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



El Dr. Valladares, que ocupaba el cuarto segundo de la casa que daba frente, por el lado del pasadizo, á la habitación de la familia Rocamora, no tenía ya más hija que Esther, de los diez con que el Todopoderoso quiso bendecir su matrimonio.

Era aquella la última, y por lo mismo y por la circunstancia de ser la única que quedaba al lado de sus padres, la amaban estos con idolatría.

Aquella preciosa criatura reunía todas las ventajas que podían enorgullecerles: á una belleza verdaderamente admirable, un talento prodigioso, las dotes de una gran artista y la más rara bondad.

Era su carácter jovial, animado y lleno

de ternura; y había en sus gustos una sencillez tan extremada, que más parecía una niña criada en el campo, que en medio del tumulto de Lóndres, Paris y Madrid.

Su padre, apóstol de la ciencia, residía ya en una, ya en otra de estas tres capitales, según el ejercicio de la misma se lo ordenaba; y á donde quiera que fuese, siempre le seguían su esposa y Esther, que ni un solo día se habían separado de él.

El doctor gozaba de una fortuna regular, ó más bien, bastante pingüe; pero una buena parte de sus haberes la consumía la inagotable caridad de su esposa y de su hija, con gran contento suyo, pues era el hombre de mejor corazón del mundo.

Hacia algunos años que la frente del doctor Valladares se había agobiado de repente por una profunda tristeza.

Arrugas muy hondas habían aparecido en ella, y sus cabellos, muy negros aún, se habían cubierto, en el breve espacio de algunos meses, con un velo de plata.

¿Qué era lo que había originado en aquel hombre excelente un cambio tan triste y repentino?

Voy á decirlo á mis lectores.

El doctor tenía un hermano, menor que él, y banquero en Madrid: siempre se habían amado ambos con la mayor ternura, y seguían una correspondencia muy activa y verdaderamente fraternal.

El banquero, ya de edad de cuarenta años, no había querido nunca casarse: tanto era lo que le ocupaban los negocios mercantiles, que le absorbían todo su tiempo; y tanto lo que amaba á su familia, que no dejaba aquel amor lugar en su corazón para una nueva ternura.

Hallábase el doctor en París á fines del año 185... cuando un día que, según su costumbre, leía los periódicos por la tarde sentado junto á la chimenea, su esposa y su hija, sentadas enfrente de él, vieron temblar sus manos y volverse lívido el color de su rostro.

Un instante después, el doctor dejó escapar un agudo grito y cayó privado de sentido con un violento ataque nervioso.

Cuando el primer susto se hubo calmado algún tanto; cuando acostado ya en su lecho reposaba de su terrible emoción, su esposa tomó el periódico para buscar la causa de aquella horrible sacudida.

Poco tardó en encontrarla: en la sección que tenía por epígrafe *Noticias extranjeras*, halló un párrafo que decía así:

«El banquero español Sr. Valladares se ha presentado en quiebra y ha huido no se sabe dónde.

»El dependiente principal de su casa ha sido quien ha recibido á los agentes del tribunal, y con una abnegación, digna de más noble causa, ha negado saber el paradero del Sr. Valladares.

»En consecuencia, ha sido preso; y la justicia no descansa un instante para alcanzar al culpable, y dar siquiera el consuelo del escarmiento, que merece su mala fé, á las muchas familias que ha dejado sumergidas en la miseria.»

Cuando el doctor dejó el lecho, no nombró siquiera á su hermano; pero supo demasiado que cuantas pesquisas se habían hecho habían sido infructuosas, y que tenía sobre sí la deshonra de una quiebra fraudulenta.

Desde aquel día, la vergüenza y el dolor se disputaban el corazón de aquel hombre digno.

En vano trató de cubrir hasta donde pu-

diera la estafa de su hermano: su fortuna era muy escasa, pues toda la de su hermano procedía de una herencia que había tenido en su primera juventud.

Además, el doctor no conocía siquiera á las familias que habían depositado su confianza en su culpable hermano; y todo lo que pudo hacer fué ir al instante á Madrid para alcanzar la libertad del honrado dependiente, quien, en efecto, salió libre de su prisión.

Entonces fué cuando la caridad del doctor tomó un vuelo mucho más elevado: no había desgraciado á quien no socorriera; y de ese modo su corazón se aliviaba algún tanto del peso que le agobiaba á todas horas.

Esther había manifestado una prodigiosa disposición para la pintura y para la música: deseosa de pintar con buenas luces y sin que nadie la incomodase, y amante además de todo lo que es poético y alegre, la jóven había alcanzado de su madre que le permitiese establecer su gabinete de estudio en un cuartito situado junto á las boardillas de la casa; pero que, por la igualdad de su techo y pavimento, tenía cierto aspecto de decencia.

Todos los días, despues de dar su lección de música, subía con su aya á su cuarto de pintar, y en él pasaba las tres ó cuatro horas más dichosas de su vida.

Esther era una verdadera artista de corazón y de genio.

Una mañana que había subido antes de costumbre, vió un espectáculo que la divirtió mucho.

En el mismo tejado donde caían las dos ventanitas de su cuarto de estudio, una niña, sentada al sol, vestía una muñeca.

Pero ¡qué muñeca!

Figuraos, lectoras mías, la más heterogénea reunión de lujo y de miseria, de belleza artística y delicada y de trapos.

La muñeca tenía una cabeza de cera, tan hermosa y bien concluida que parecía de carne: era blanca y rosada, con brillantes ojos azules y boca pequeña, de color de coral.

Vestían sus sienes algunos rizos de cabellos castaños no muy limpios y cuidados; pero la parte posterior de la cabeza había perdido la peluca destinada á cubrirla, y presentaba una calvicie espantosa.

El cuerpo de la muñeca no correspondía

ciertamente á su bella cabeza: era hecho de trapos, y de unas formas tan grandes y obesas que cualquiera hubiese dicho que padecía de hidropesía.

Entre el cuerpo feo y la bella cabeza de aquel ser inanimado, la magnificencia ostentaba de nuevo sus deslumbradores cambiantes: el vestido era un conjunto de telas lindas, de galones y flequillos de plata y de tules vaporosos.

Sin duda su trage habia resumido todos los retazos, memoria de la pasada opulencia en que habian vivido doña Clara y sus hijos.

Sentada Mercedes al sol, jugaba con su muñeca, olvidándose del mundo entero: la mecía cantando: luego, irritada con sus lloros imaginarios, la regañaba reconviniéndola por haber perdido su gorrito con cintas y plumas, que tan caro le habia costado.

Era tan graciosa la charla de la niña, que Esther, que ya tenia la formalidad de un artista, soltó una sonora carcajada.

Mercedes se volvió llena de rubor y vió el gracioso busto de la jóven pintora junto al marco de la ventana.

Desde la figura principal, sus ojos baja-

ron á los objetos adyacentes y se fijaron en la hermosa maceta de porcelana blanca llena de violetas.

—¡Qué bonitas flores! exclamó sin poder reprimir la cándida admiración que las flores, y sobre todo, las violetas, inspiran á las niñas.

—¿Quieres que te haga un ramillete con ellas? preguntó Esther con esa franqueza tan amable, propia de los primeros años de la juventud.

—Muchas gracias, contestó Mercedes levantándose y haciendo una cortesía, en tanto que su bella vecina cortaba con unas tijeras algunas violetas.

—Voy á hacerte un ramo, dijo Esther: acércate.

Mercedes obedeció; y Esther formó un pequeño ramo, atándolo despues con una cinta color de rosa que desató de un cucurucho de dulces puesto sobre una mesita de labor.

Luego tomó tambien el cucurucho y dijo á Mercedes:

—Toma, querida mía, estas flores para que te acuerdes de mí; y estos dulces para que los comas en mi nombre.

—Muchas gracias, dijo Mercedes, y adios.

—Mañana estaré aquí tambien, añadió Esther: ¿subirás á jugar al sol con tu muñeca?

—Sí, contestó la niña.

—Pues adios.

—Adios.

Cuando Mercedes entró en su habitacion, el perfume de las violetas llegó al instante á su hermano.

—¿Traes flores? le preguntó.

—Sí, respondió la niña: traigo unas violetas que me ha dado una hermosa señorita, vecina nuestra: esa que vemos ahí enfrente detrás de los cristales algunas veces.

—¿Que vemos! repitió dolorosamente el ciego.

—Mamá sí la habrá visto, repuso sencillamente Mercedes.

—Sí que la he visto, y es muy bella por cierto, observó su madre; ¿pero cómo la has visto arriba?

—Estaba yo en la ventana de la boardilla, y ella en la de un cuartito que le sirve de gabinete de estudio, porque estaba sentada junto á ella y pintando: dije que eran bonitas las flores, y cortó con sus tijeras

este ramito que me echó despues con estos dulces: toma, hermano.

—Los dulces para tí, respondió Guillermo; pero dame las flores: ¡oh, qué hermoso es su aroma! Yo amo con pasion los perfumes, però desde la muerte de mi padre no los usamos nunca.

—Te compraré perfumes, hijo mio, dijo ahogando un suspiro doña Clara.

—¿De violeta, mamá?

—Sí, de violeta.

—Es, para mí, el más fresco y hermoso de todos los perfumes, dijo Guillermo con voz baja y como meditando profundamente al mismo tiempo que hablaba: pareceme, continuó, que refresca y consuela á la vez el alma y el cerebro.

—Pues yo lo que quisiera, repuso alegremente Mercedes, es tener una maceta como la que tiene la señorita de enfrente: ¡qué violetas! ¿Cuánto más valen las flores que el aroma que de las mismas se saca? Las flores, tan hermosas, tan aterciopeladas... ¡ah! la mitad de lo que tengo daría yo por un tiesto de violetas.

Una sonrisa dolorosa pasó por los labios de la desgraciada madre, al oír decir á su

inocente hija que daría la mitad de lo que tenía por unas pocas flores: la pobre niña no tenía nada... nada más que dos vestidos tan viejos que ya no podían servirle.

¡Dichosa edad en que se ignora lo que es dolor! ¡Por qué pasas tan pronto para nunca más volver?

Al día siguiente, subió Mercedes al tejado y halló á su nueva, ó más bien á su única amiga, sentada delante de su caballete.

Mercedes no subía aquel día con su muñeca, sino que llevaba en la mano un bordado primoroso, pero mal ejecutado en la parte que tenía terminada.

Esther la invitó á entrar en su cuarto de estudio; pero Mercedes se resistió á ello.

¿Por qué?

Ni ella misma hubiera podido decirlo.

Era, sin duda, por esa especie de rubor que acosa á los desgraciados delante de las personas dichosas, y el cual, aunque no había podido abrirse paso todavía en el corazón de Mercedes, sentía ya por ese delicado instinto de las almas nobles y sensibles.

Esther, llevada de esa afición propia de su edad de poner la mano en cuanto hacen los demás, dejó su pincel y tomó el borda-

do de Mercedes, trabajando en él con mucha afición y primor, mientras la dueña del bordado contemplaba arrobada las violetas.

Cuando bajó á su casa, doña Clara se admiró de la delicadeza del bordado de Mercedes.

De esta suerte habían pasado algunos días hasta el en que Esther pudo remediar la afición de doña Clara, cediéndole el palco del teatro del Príncipe, su propio dinero, y después el carruaje de sus padres.

No le fué difícil á la hermosa jóven lograr todo esto: vamos á decir de qué modo lo consiguió.

Esther tenía una madre tan buena y cariñosa como generalmente lo son todas las madres; porque habeis de saber, lectores míos, que lo más difícil de hallar en este mundo es una mala madre.

Pocas había que pudieran compararse á la de Esther.

Era, sin embargo, el amor que tenía á su hija uno de esos afectos fuertes, dignos y exentos de toda debilidad, y su hija, al mismo tiempo que la respetaba como madre,

confiaba en ella como en su mejor y más tierna amiga.

Revelábale sus pequeños pesares y sus inocentes alegrías, y ni una sola vez la buena madre dejó de consolar aquellos ni de tomar parte en estas.

Así, pues, el mismo día de su impensado conocimiento con Mercedes le dió parte de él, y le fué refiriendo todas sus conversaciones de los días siguientes con la mayor sinceridad.

Por estas confidencias conoció la señora de Valladares que muy cerca de ella y de su familia había otra inmensamente desgraciada.

Pero no le quedó tampoco la más leve duda de que aquellos infortunados pertenecían, por su educación y por el rango que antes habían tenido, á una clase decente de la sociedad.

No se atrevió, por lo tanto, á decir á su hija que ofreciese dinero á la pobre niña que veía todos los días; porque la madre de Esther no sabía que Mercedes cruzaba, con exposición de su vida, el ancho tejado, á la manera de una gata jóven y traviesa.

Un día, sin embargo, el mismo en que

Mercedes contó llorando á su amiga que no podían llevar á Guillermo al teatro por no tener dinero, la señora de Valladares siguió á su hija al cuarto de estudio.

El aya de Esther la vió entrar; mas la jóven, ocupada en pintar el ramo de violetas, que eran sus flores favoritas, no se apercibió de la presencia de su madre.

Esta hizo señas al aya para que se callase, y se ocultó detrás de una cortina.

Esther cantaba á media voz y pintaba con suma atención: tenía delante y puesto en un vaso de cristal un ramillete de violetas, atado con una cinta rosa, del todo igual al que pocos días antes había dado á Mercedes, y que copiaba en un lienzo extendido en su caballete.

Aquel cuadro tenía su objeto: dentro de algunos días era el cumpleaños de Mercedes, y Esther quería regalárselo para que perpetuase la memoria de su amistad.

Cuando Mercedes contó á su amiga el dolor de su madre, la madre de Esther asistió á la conferencia; y no bien la sombra de la noche principió á invadir el cuarto de estudio, salió de él y bajó á su habitación.

Cuando Esther, movida por su excelente

corazon, bajó corriendo á pedir á su buena madre que cediese el palco á su amiga, aquella la oyó con extrañeza y pareció ceder por el gusto que tenia en complacer á su hija, añadiendo, no obstante, que no quería privarse de ver la funcion y que iba á enviar por otro palco.

En efecto, el palco se halló justamente enfrente del que habian cedido á sus vecinos, y durante la representacion advirtió Esther que sus padres hablaban mucho en voz baja señalando el palco de enfrente.

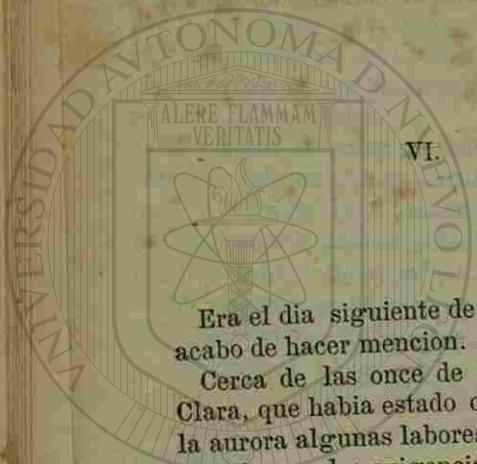
Más de una vez, al ver á aquella pobre familia que se ocultaba avergonzada de su propia miseria, al pensar en el sublime sacrificio de aquella madre infeliz, los ojos de la señora de Valladares se llenaron de lágrimas.

Solo una madre, en efecto, podria comprender los inmensos pesares de doña Clara é identificarse con ellos.

Cuando terminó la representacion, y al ver que la señora de Rocamora no hallaba un carruaje para su hijo, Esther alzó timidamente hácia su madre su limpida mirada azul; y su madre, que la comprendió, le respondió estrechándole la mano:

—Haz lo que quieras.

Entonces fué cuando la jóven ofreció á la señora de Rocamora el carruaje en nombre de sus padres.



Era el día siguiente de la noche de que acabo de hacer mencion.

Cerca de las once de la mañana, doña Clara, que habia estado concluyendo desde la aurora algunas labores, atrasadas el día anterior por las exigencias y las sospechas de su hijo, dijo que iba á salir de casa para comprar algunas telas.

—Hoy es el cumpleaños de Mercedes, ¿verdad, mamá? preguntó Guillermo, cuyo semblante estaba en perfecto sosiego.

—Sí, hijo mio, respondió doña Clara; hoy cumple trece años.

—¡Trece años! Pues me parece que, para tan poca edad, está muy alta; ¿no es cierto?

—Sí que lo es: Mercedes está muy crecida.

—Acércate, hermana, prosiguió Guillermo; acércate para que pueda juzgar con acierto de tu talla.

La niña obedeció á su hermano: este se puso en pié, atrajo hácia él á Mercedes, y tocó su cabeza.

—¡Me llegas al hombro! exclamó con asombro: ¿sabes que eres muy alta? ¡Y siempre sin salir! No sé cómo creces, ni siquiera cómo estás buena. ¡Ah! ¡Cuánto os cuestó!

Al decir estas palabras, la fisonomía del ciego se cubrió de negras sombras.

—Vamos, ¿quieres afligirnos á tu hermana y á mí? dijo doña Clara tomando la mano de su hijo.

—¡Dios me libre! repuso Guillermo.

Y su madre pudo ver que hizo un violento esfuerzo para aparecer tranquilo y para hacer que asomase á sus labios una sonrisa.

—¡Hoy es gran día! continuó, cuando pensó que ya su metamorfosis era completa: sí, hoy es un gran día y espero que lo celebraremos: ¿es verdad, mamá?

—Sí... balbuceó doña Clara, que se puso

alta
di-

à temblar esperando alguna nueva exigencia de su hijo.

—Mandarás añadir en la comida dos platos que sean del gusto de mi hermana, ¿no es esto muy justo?

—Sí que lo es, hijo mio.

—Le comprarás, en mi nombre, un bonito sombrero, y, en el tuyo, un elegante traje de seda: ¿oyes?

—¡Sí!...

—¿Con qué voz tan desmayada me respondes, madre! continuó Guillermo; ¿te dolería el dinero que vas á emplear en mi hermana? ¡Ay! La pobrecita no tiene ya padre, y, por lo mismo, debemos amarla más nosotros... Si mi padre viviese, ¡qué feliz sería al verla!

Un sollozo de la desgraciada madre cortó las palabras de Guillermo.

—¡Vamos, madre mia, te aflijo! ¡perdóname! observó Guillermo buscando la mano de doña Clara: no hagas caso de mí, y llévate á mi hermana para que elija, á su gusto, tu regalo y el mio: el día está hermoso, sin duda, porque mis ojos sienten el resplandor del sol: no tengais pena por mí y marchad á las tiendas.

—¡Dejarte solo! exclamó doña Clara con un movimiento de terror.

—¿Cómo solo, mamá? ¿No están los criados? dijo Guillermo: ya es hora de que mi pobre hermana salga alguna vez y de que tú la lleves á tomar el aire puro.

Doña Clara miró á su hijo recelosamente, temiendo que aquellas palabras fuesen un lazo que sus dolorosas dudas le tendian; pero vió tal confianza y tal fé en el semblante de Guillermo, que dijo con acento tranquilo:

—Está bien: ya que lo deseas, me llevaré á Mercedes: vamos á vestiros, hija mia.

Madre é hija salieron de la sala y pasaron al cuarto de Guillermo: allí doña Clara abrazó entre sollozos á su hija.

—¿Por qué lloras, mamá? le preguntó esta devolviéndole sus caricias: ¿qué tienes?

—¡Hija mia! ¡Hija mia! exclamó la desventurada madre entre sollozos. ¡Qué desgraciada has nacido! Hoy es tu cumpleaños, hija de mi alma, y tu madre no puede consagrarte ni siquiera una flor que te recuerde su cariño. ¡Pobre niña, nacida solo para llorar y padecer!

—¿Y es eso lo que te aflige, mamá? pre-

guntó Mercedes abrazando más estrechamente á su desconsolada madre.

—¡Oh, sí! Me traspasa el alma tener que engañar en este punto á tu hermano... ¡hacerle creer que te probamos nuestro amor con esos objetos, tan propios de tu edad, cuando realmente careces de todo!

—Eso no te importe, mamá mia; dijo Mercedes: yo solo quiero tu amor y el de Guillermo, y, sobre todo, veros tranquilos y felices.

—¡Pero tú, hija mia, padeces doble! continuó doña Clara, cuyos ojos no podían contener el copioso llanto que brotaba de su corazón: tú estas oyendo enumerar incesantemente todos los objetos, todos los juguetes que más apeteces, todos los manjares que quizá no recuerdas ya haber probado. Y sin embargo, nada de eso ves... nada... y hoy, para engañar piadosamente á tu hermano, tengo que sacrificar una parte de tu pan á fin de que pruebe dos ó tres manjares más.

—¿Y eso qué importa, mamá?

—¿Qué importa? Quizá tú tengas hambre hoy que debias ser feliz. Quizá, pobre ángel mío, señales con una nueva tortura el día

de tu cumpleaños... ¡Oh! prosiguió doña Clara con creciente amargura: ¡oh, Dios mío! ¡creo que soy culpable porque, por consolar á uno de mis hijos, soy despiadada con el otro! ¡Creo que has de castigarme, Dios de justicia!

—Mamá, por la Virgen, ¡no digas esas cosas! exclamó Mercedes asustada: ¡no mires así al cielo! ¡me das miedo!... ¡me parece que vas á perder el juicio!...

—¡Sí, sí! ¡Quizá me volveria loca y eso seria un bien!... dijo la desgraciada señora: ¡oh, sí, porque me canso de padecer!

—¡Ay, mamá! ¿Y qué seria entonces de nosotros? observó Mercedes sollozando: ¡no sabes que tú eres nuestro solo amparo en el mundo?

—¡Es verdad!... ¡Es verdad!... ¡Perdon, Dios mío!... ¡Perdon, hija mia! dijo la señora de Rocamora, cuyo semblante perdió la expresion de extravío que, durante algunos instantes, lo habia desfigurado de un modo terrible. ¡Perdon!... debo vivir para tí y para tu hermano; ¡para vosotros, mis pobres hijos!... ¡Sufiré con paciencia cuantos dolores quiera Dios enviarnos, y al fin se apiadará de nosotros!

—Todos los días le rezo yo para eso, mamá, dijo cándidamente Mercedes. ¡Oh! continuó, y qué bueno es rezar! Parece que la oracion consuela y fortalece nuestra alma, como el alimento consuela y fortalece nuestro estómago debilitado. ¡Dios nos ha hecho un gran beneficio dándonos la oracion!

—Tienes razon, hija mia; dijo doña Clara completamente tranquila por las dulces palabras de su hija: si tienes razon, y yo soy una ingrata al quejarme del cielo que me ha concedido ser madre de un ángel como tú.

Al decir estas palabras, doña Clara abrazó á su hija con una alegría tranquila ya y sincera: tan cierto es, mis jóvenes y queridos lectores, que las virtudes de los hijos son el bálsamo de todos los dolores de sus padres.

¡Sí! ¡En vuestras manos teneis la desdicha ó la felicidad de los que os han dado el ser! Y por eso el cielo no os perdonará nunca si, pudiendo hacerlos venturosos, abrevais su vida de amargura y de dolores.

Las lágrimas de la señora de Rocamora se secaron con las dulces palabras de su hija: enjugó aquella sus ojos por la vez postrera, y dijo levantándose:

—Vamos, hija mia: iremos á la tienda á entregar nuestra labor concluida.

—Pero, mamá, ¿hemos de dejar solo á Guillermo? preguntó Mercedes volviendo á alarmarse.

—¿No ves que lo quiere él así?

—¡No importa! Pueden llamar, puede él necesitar alguna cosa. Yo me quedaré allá dentro, en el cuarto de la cocina, y, si llama, diré que he vuelto antes que tú.

—Pero, pobre hija mia, ¿no te alegraría tomar un poco el sol? ¡Estás ojerosa y descolorida!

—Mucho me gusta el sol, mamá, respondió la niña suspirando como el que se despidе de una dicha deseada por largo tiempo é imposible de alcanzar, ¡sí; mucho me gusta el sol! ¡Pero ni tú ni yo estaríamos tranquilas pensando en la soledad de mi pobre hermano! Yo, al menos, mamá, veo el sol desde nuestra casa: él es mucho más desgraciado que yo, pues solo puede sentir su benéfico calor: así, pues, es muy justo que me quede.

—¡Dios te recompensará, hija de mi alma! exclamó doña Clara abrazando de nuevo y con ardiente ternura á su hija: sí, Dios es

bueno y no puede dejar de premiar tu ternura y tu abnegación.

—Vete, mamá, tranquila: yo me voy allá dentro y trabajaré.

—¡Eso no! ¡No trabajes hoy, hija mía! Lee... ó juega; ¡pero no trabajes! ¡Bastante lo haces todos los días!

—¡Ay, mamá! ¡Lo que siento es lo mal que lo hago! dijo con tristeza Mercedes; ¡pero ya se ve! ¡hay que darse tanta prisa!...

—¡Ni aprender puedes, ya lo sé, hija mía! haces demasiado, pues mi vista ya no me permite enseñarte, y á no ser por las lecciones de esa santa jóven... ¡Ah, no en vano la llaman *el Ángel de los tristes!* Pero es tarde... adiós, hija mía... Espero traer algún dinero.

—Adiós, mamá.

—¡Ah, escucha! Si no llama tu hermano, que no te oiga... ¡Dios mío, sospecha ya, y...

—¡No temas, mamá! toma; aquí tienes las camisas envueltas en un pañuelo.

—Hasta luego, hija mía.

—Hasta luego.

Doña Clara besó á su hija con entrañable ternura: hizo otro tanto con su hijo, y bajó la escalera dirigiendo antes á Mercedes, á

la puerta de la habitación, algunas palabras en voz alta, que hicieron creer á Guillermo que su hermana salía con su madre.

La puerta se cerró ruidosamente, y en seguida Mercedes, ligera como un ave que no tocase el suelo con sus alas, se deslizó sobre las puntas de sus pequeños piés: se asomó á la puerta de la sala para ver á su hermano, y luego, volviéndose, se dirigió al cuartito.

El finísimo oído de Guillermo percibió, sin embargo, algún rumor, porque se volvió y preguntó en voz alta:

—¿Quién está ahí?

Un silencio sepulcral respondió á sus palabras.

Creyendo entonces que todo había sido una ilusión suya, se volvió hácia la ventana para exponer sus manos y sus piés al benéfico calor del sol que inundaba con sus rayos aquel pobre aposento.

En aquel instante, si Guillermo hubiera tenido vista, se hubiera recreado con un espectáculo delicioso.

Uno de los balcones del cuarto principal de la casa del otro lado del callejón estaba abierto.

Cerca del balcon, y sentada enfrente de un hermoso espejo de cuerpo entero, una jóven peinaba su larga cabellera rubia.

Era Esther: á pesar de su alta estatura, la delicadeza de sus formas atestiguaba su edad casi infantil: no podian hallarse quince años más lindos aun teniendo presente el proverbio de que *no hay quince años feos*.

Los de Esther eran preciosos, aun más que por la belleza de su semblante de ángel, por la modestia, la mansedumbre y la dulzura que respiraban todas sus facciones, de una pureza admirable.

Tenia puesta una bata blanca de levantarse, ceñida á su delgado talle por un cordón de seda, blanco tambien, que remataba en dos grandes borlas.

Sus anchas mangas, un poco cortas, dejaban ver sus torneados y graciosos brazos hasta el codo, mientras con su pequeña mano, más blanca que el peine de marfil que sujetaba, alisaba sus cabellos largos, espesos y brillantes como la seda.

Esther se peinaba sola á pesar de tener una doncella para su servicio exclusivo: su madre, hija de una noble familia, pero que habia probado grandes desgracias, la habia

acostumbrado á servirse por sí misma en todo cuanto le era posible, sabiendo por experiencia la inestabilidad de las fortunas humanas, y no queriendo exponer á su hija á sufrimientos inútiles si la voluntad del Todopoderoso la sumergia algun dia en la pobreza.

Delante del balcon del aposento de Esther habia una fila de macetas, que contenian plantas olorosas, y que miraban con envidia el sol de la casa del ciego que ellas no podian alcanzar.

Hácia el fondo se veia la alcoba, cuyas puertas de cristales estaban abiertas, y en ella el blanco lecho del *Ángel de los tristes*, velado por cortinas de muselina blanca bordada.

Los muebles eran de limonero y muy sencillos: algunas sillas de esta madera con asientos de raso azul, dos sillones iguales, un costurero de laca y muchos y hermosos cuadros, obras todas del pincel de Esther, adornaban la estancia de la jóven.

Esta acabó de peinarse; y en tanto daba la última mano á su tocado, empezó á cantar con voz pura y armoniosa la plegaria de *El Profeta*.

El corazón de Guillermo saltó en su pecho con insólita violencia: ya había oído aquel canto dos ó tres veces más, y le parecía que, al escucharle, circulaba por sus venas una nueva vida.

En efecto: nada había más dulce y melodioso que la voz de Esther, limpia, ágil y fresca como el canto del ruiseñor cuando en las alboradas del estío sacude sus alas en las ramas de las acacias.

Apenas se reconocía el arte en aquellas notas, llenas de grandeza y sencillez; mas, en cambio, pudiera decirse que eran un himno entonado por el genio y la inspiración.

Aquellas notas caían como un rocío benéfico en el alma ardiente y atormentada del pobre ciego; porque una de las grandes verdades que la palabra humana ha sabido expresar es que *la música es el lenguaje del alma*.

Esther acabó de alisar sus cabellos dorados, recogidos con sencillez extrema en gruesas trenzas, y por un movimiento natural se volvió hacia su derecha, que era donde estaba situado el balcón.

Entonces vió á Guillermo, y su rostro se cubrió de un rosado rubor.

No obstante, reflexionando que era ciego aquel desgraciado jóven, y que, por consiguiente, no podía haberla visto peinar, su turbación dió lugar á una expresión de tierna y dolorosa piedad.

Acercóse al balcón y le contempló con tristeza.

Pocos instantes le bastaron para conocer cuán costosos sacrificios imponía á la desgraciada madre del ciego el mantener las ilusiones de su hijo.

Observó el amargo contraste que formaban las paredes desnudas del cuarto y sus míseros muebles con la elegante bata, el gorro de terciopelo y las babuchas de tafelète de Guillermo; y al ver el casi suntuoso *négligé* del jóven, no pudo menos de recordar los humildes trages de su madre y de su hermana.

Aún estaba Esther sumergida en estas reflexiones, cuando entró la señora de Valladolides, que la abrazó con íntima ternura.

—¿Qué hacías, hija mía? le preguntó: ya te veo peinada; ven y yo te ayudaré á vestir.

—Mamá, respondió Esther que miraba en su buena madre á su mejor amiga: estaba

contemplando á ese jóven, que me parece muy culpable.

—¿Qué jóven? ¿De quién hablas, hija mia? preguntó admirada la madre de Esther.

Esta señaló á la ventana de enfrente, y la señora de Valladares columbró, en medio de un foco de luz, la bella y severa cabeza del ciego.

—¡Ah! ¡Hablas de ese pobre jóven! ¡Y te parece culpable! ¡No te entiendo, en verdad, hija mia! ¡Á mi me parece solamente muy desgraciado!

—¿No lo ves, mamá, vestido como una persona rica, mientras su madre y su hermana van cubiertas apenas con unos trages miserables?

—Sí; ¿y qué deduces de eso?

—¿No ves la expresion sombría y casi dura de su semblante? ¿No sabes los costosos sacrificios que se impone su familia por disfrazarle la verdad?

—Sí.

—Pues bien, ese jóven ha de tener un carácter muy malo; y muy violento debe ser su enojo y muy poco elevada su alma cuando no se hallan en él el valor y la fortaleza necesarios para sufrir la pobreza.

—¡Ah, hija mia! ¡Qué sabemos lo que pasará en ese triste asilo! exclamó la señora de Valladares. ¡Jamás debemos juzgar las acciones de los demás solo por las apariencias!

—Pero, mamá, ya sabemos que esa pobre señora oculta á su hijo la pobreza en que viven, temiendo los arrebatos de su tristeza; su carácter sombrío é impetuoso, sin duda, es lo que impone á su madre y á su hermana sacrificios sin cuento; y, á mi modo de ver, seria mucho más laudable que supiese resignarse con su suerte.

—Es cierto, mi querida Esther; la exageracion en nuestros sentimientos jamás conduce á nada bueno; pero quizá su pobre madre teme por la paz de su hijo tambien de una manera exagerada: ¡ah! yo puedo comprender todos los temores, todas las angustias de esa desgraciada madre, porque soy madre tambien. ¡Tú no puedes juzgarla aún, hija mia!—Pero vamos á vestirme, añadió la señora de Valladares tras una pausa: es tarde, y creo que tendrás un gran impaciencia por realizar tu proyecto.

La madre de Esther entornó el balcon, dichas estas palabras, y la conversacion, que

había llegado como un suave murmullo á los oídos de Guillermo, continuó en el interior de la habitación.

Entretanto Mercedes permanecía en el pequeño aposento donde guardaba sus libros y la muñeca que le había atraído la atención de Esther cuando la vestía en el tejado de su casa; pero ni aquellos ni esta habían logrado distraerla ni un momento.

La desgracia presta madurez al carácter más inseguro y apaga la alegría del corazón. Mercedes, que, en presencia de su madre y esforzándose por alegrarla, era una niña risueña y traviesa, se convertía, cuando se hallaba sola, en una joven reflexiva y triste.

Sentada junto á la angosta ventana que daba luz á aquel cuartito, único refugio suyo, miraba distraída las altas chimeneas de las casas inmediatas y la multitud de tejados de enfrente, por donde corrían dos ó tres gatos pretendiendo seguir á saltos el rápido vuelo de algunos pajarillos que, cruzando la diáfana región del aire, se destacaban como puntos negros en el azul del cielo.

También Mercedes seguía la carrera de los pajarillos: habíase cansado muy pronto

de dar vueltas á su muñeca, único juguete que poseía: había después intentado leer, y dejó también aquellos antiguos libros que ya sabía de memoria.

Mercedes reflexionaba, y, sin que ella se apercibiese de semejante cosa, de vez en cuando se deslizaba por su mejilla una gruesa lágrima.

Pensaba en su madre, en su hermano, y en que era el día de su cumpleaños, y recordaba que, dos años antes, cuando vivía su buen papá, hallaba, al abrir los ojos, cubierto su lecho de dulces, juguetes y flores.

¡Pobre Mercedes!

Aquel corazón de trece años no era insensible á la amargura de los recuerdos, que se clavaban en él como otros tantos dardos.

Dos años antes, numerosas amiguitas suyas le regalaban, en el día de su cumpleaños, ya un ramillete, ya una muñeca, una cruz de oro, ó un abanico; pero entonces ¡ay! todas las amigas habían desaparecido, y solo su madre y su hermano se acordaban, para entristecerse, de que en aquel día había nacido.

Mercedes pensó entonces, como le había sucedido muchas veces, en lo que vale un

padre; y alzando al cielo sus ojos azules, intentó buscar, durante algunos momentos, la sombra augusta de aquel protector tan enérgico, á cuya vista la desgracia hubiera huido amedrentada, ocultándole su torva faz.

La contemplacion del cielo purifica hasta el dolor, que siempre tiene algo de egoista: si mirásemos alguna vez al cielo, lectores míos, alcanzaríamos de él valor para sobrellevar las penalidades de la tierra.

Mercedes sintió, mirando al cielo, un gran deseo de rezar: rezando lloró más copiosamente, y su corazon se aliviaba del peso que le oprimía.

Habló á su padre por medio de las santas palabras de la oracion, le pidió consuelo para su madre, y le pareció que su padre la habia escuchado desde su asiento de gloria.

Poco á poco se fué tranquilizando: una sonrisa alegre é infantil secó las gotas de su llanto, y asomándose á la ventana se puso á contemplar las locas carreras de un gato que corria por los tejados vecinos con toda la impremeditacion de la primera juventud, en tanto que una corpulenta gata, su madre sin duda, más juiciosa y

reposada, se tendia voluptuosamente al sol, lamiéndose las patas.

De repente oyó Mercedes sonar la campañilla de su habitacion, y se estremeció.

¿Quién podria ser?

Su madre se habia llevado el llavin de la puerta, y habian convenido en que, al oír ella que lo introducía en la cerradura, saldría para que Guillermo oyese juntas las voces de su madre y de su hermana, que entrarían hablando en la sala como si vienesen de la calle.

La pobre Mercedes se puso á temblar: no se atrevia á salir á ver quién era, porque su hermano la creía fuera de casa: no podia decirle que salía á abrir porque habia llegado antes que su madre, porque ni habia llamado, ni la habia oído abrir con el llavin.

Y, por otra parte, ¿cómo dejar á su hermano que se cerciorase de que no habia en la casa un solo criado? ¿Cómo permitir que él mismo abriese? Y en este caso, ¿quién podria ser? ¡Tal vez algun recado del almacén para donde ella y su madre trabajaban! ¡Acaso alguna imprudente exigencia que despertase en el débil cerebro de Guillermo

alguno de aquellos arrebatos de loco dolor á que solia entregarse!

Todas estas reflexiones las hizo Mercedes en un momento; pero aún estaba sumergida en ellas cuando volvieron á llamar con mayor fuerza.

El terror dejó paralizada á la pobre niña: quedóse inmóvil, y, en medio de su confusión, oyó á su hermano levantarse é ir hácia la puerta de la escalera apoyándose en los muebles.

VII.

Guillermo, al salir, murmuraba algunas palabras de enojo contra sus imaginarios criados: no obstante, á ninguno llamó, porque ni aun se le habia ocurrido preguntar sus nombres: siempre sumido en sus pensamientos dolorosos, no se cuidaba de cosa alguna de la vida material, ni averiguaba nada, no sabiendo, por consiguiente, más que lo que querian decirle.

Antes de que llegase á poner la mano en el picaporte, llamaron otra vez, dando así lugar á exacerbar el humor del ciego, muy malo aquel dia.

—¡Ah! ¡perdone V. caballero! dijo la voz de la persona que llamaba, con acento bur-

lon é incisivo: siento mucho haber incomodado á V.

Al oír aquella voz, palideció el lindo rostro de Mercedes, y un temblor convulsivo recorrió todo su cuerpo: el importuno visitador no era otro que su vecina doña Rita, la misma que con tanta inhumanidad habia negado á su madre la noche anterior el socorro que habia ido á pedirle.

¿Á qué vendria aquella mujer á su casa, cuando jamás habia puesto los piés en ella? ¿Cuando apenas se dignaba contestar al saludo de aquella pobre familia, si por acaso se la encontraba en el patio ó en la escalera?

Esto se preguntaba la pobre niña con creciente terror, sin saber qué respuesta darse.

—Siento haber incomodado á V., caballero, repitió doña Rita entrando atrevidamente y cerrando la puerta tras sí; no sabia ni podia imaginar que estuviera V. solo.

—En efecto, señora; nunca lo estoy, contestó Guillermo con frialdad, aunque conoció por el metal de la voz y por cierto perfume de espliego, muy casero, que exhalaban los vestidos de doña Rita, que estaba hablando con una mujer; sí, continuó, no

acostumbro á estar solo; pero hoy han tenido que salir mi madre y mi hermana, y los criados, aprovechándose de su ausencia, han salido sin duda tambien.

—¿Los criados.... eh? repitió con acento burlon doña Rita.

—Sí, señora; el criado y la criada que nos sirven: la camarera habrá acompañado á mi madre y á mi hermana.

—¿Conque tienen Vds. servidores? ¡Cáspita! ¡Bien servidos pueden estar!... Pero, vecinito, si V. no se opone, entraremos y nos sentaremos, porque, aunque V. no vea, no dejará por eso de conocer que me tiene en pié.

—Perdon, señora, repuso Guillermo, á quien el acento de aquella mujer impresionaba de un modo desagradable: mil veces perdon: pase V. por aquí, y dispense porque no estará con mucha comodidad... Hace algunos dias que tiene el tapicero nuestros sillones para cambiarles la tapicería, y estas sillas son incómodas.

—¡Pobre jóven! dijo doña Rita pérfidamente y con un acento que queria hacer compasivo y que solo era burlon.

Guillermo creyó que aquella exclamacion

era arrancada por la compasion que su ceguera inspiraba á su interlocutora, y nada contestó, porque aquella compasion no tenia nada de simpática ni de tierna, dado caso que existiese.

Reinó el silencio por algunos instantes. Guillermo, apartado del trato de gentes antes de la edad en que comunmente se entra en el mundo, era poco práctico en las fórmulas sociales; y en cuanto á aquella malvada y egoista mujer, meditaba de qué modo sería más certero el golpe que iba á dirigir al corazon del desdichado ciego.

Este fué el primero que tomó la palabra, conociendo lo embarazoso de la situacion.

—Señora, dijo: deseo que V. me indique en qué podemos servirla, pues como nunca creo que ha honrado nuestra casa, ni creo tampoco que tenga con mi madre relaciones de amistad, me parece que solo puede traerla aquí el deseo de disponer de nuestra inutilidad.

El acento de Guillermo era breve y severo: su corazon, fiel y sensible, le advertia que tenia delante á una enemiga.

Doña Rita le miró con ira: en su irascible

carácter, aquel severo y digno lenguaje hacia el efecto de una ofensa mortal.

Paseó, pues, la punta de la lengua por sus delgados labios, como la hiena que se relame de placer antes de arrojarle sobre su presa, y respondió acercándose confidencialmente á Guillermo:

—Amiguito, quiero corresponder á la franqueza de V. con otra igual.

—Hable V., señora.

—Pues bien, no vengo á exigir nada de V. porque yo no necesito nada de nadie... ¡Soy rica!

—Y bien, señora...

—Un poco de paciencia, vecino; he venido, al contrario de lo que V. cree, á prestar á V. un gran servicio.

—¿Á mí? repuso Guillermo con aire de duda.

—Á V.; respondió doña Rita con voz contenida, con aire muy satisfecho y acercándose más á Guillermo.

—¿Un servicio á mí!

—Á V. solo; pues ya que nos hemos propuesto hablar con toda franqueza, debo decirle que la admiracion que manifesté al ver que V. abria la puerta fué una fór-

mula... ¡pues! Una mera fórmula de sociedad.

—¿Sabia V. acaso que habian salido mi madre, mi hermana y los criados de casa?

—Vi salir, desde detrás de las cortinas de mis cristales, á su señora madre de V.; pero su hermanita no iba con ella: en cuanto á los criados...

—¿Qué?

—Hijo mio, siento decírselo; pero...

—Acabe V.

—No tienen Vds. ningun criado.

—¿Cómo, señora? ¡Querrá V. saber quién vive en mi casa mejor que yo! exclamó el jóven, por cuyas pálidas mejillas se extendió una nube purpúrea.

—¡Calma, amiguito, un poco de calma! Como sé lo que pasa en su casa de V., he creído una obra de caridad avisárselo á V., y habiendo visto salir sola á su señora mamá, me dije:—Esta es la mejor ocasion: los dos hermanitos están solos en casa, y puedo subir á decirles que su madre se está matando por ellos, para que lo eviten.

—¡Señora!... ¡por favor... hable V. con claridad... que me mata!... exclamó Guillermo tendiendo hácia aquella furia del infer-

no sus trémulas manos; ¿qué sucede? ¿Qué penas tiene mi madre? ¡Oh, sí... tiene V. razon... aquí hay hace mucho tiempo algun misterio terrible que pesa sobre mi corazon!...

—Oiga V. y tenga paciencia: ante todo es preciso que busquemos á su hermanita: debe estar en casa, porque no salió con su madre de V. ¿Quiere V. que la busque?

Y aquella execrable mujer, deseosa de registrar la casa á su sabor, se levantó para ir en busca de Mercedes.

—Siéntese V., señora... dijo Guillermo: no hay necesidad de que V. se incomode en salir de aquí... Si mi madre ha hecho un misterio de nuestra pobreza, á mi me toca hacer que sea respetado.

Y alzando luego la voz, llamó con tembloroso acento:

—¡Mercedes!

—Aquí estoy, hermano mio; contestó la pobre niña con sumision, y atenta ante todo á no disgustar á Guillermo.

—¡Aquí, junto á mi! prosiguió el ciego: ¡trae tu mano, que ha de estar entre las mias... para que yo la sienta temblar y estremecerse... y conozca si es verdad lo que esta mujer va á decir!

Al pronunciar estas palabras Guillermo, con voz hosca y agitada, tomó la pequeña mano de su hermana que puso entre las suyas.

—¡No puedo ver! continuó: Dios ha negado la luz á mis ojos... pero no por eso me podrás engañar... yo conoceré la verdad de lo que voy á oír!... ¡Hable V., señora!

—¡Sí que voy á hacerlo, amigo mio! dijo doña Rita; y empiezo ahora mismo: ha de saber V. que su madre está en la última miseria, y que ha rodeado á V. de una apariencia de lujo para que no lo conozca.

La mano de Mercedes tembló entre las de su hermano.

—¿Es verdad? preguntó este con voz sorda.

—Es verdad, respondió la niña con acento tembloroso y clavando en la solterona una mirada suplicante.

—Nada, nada: no hay que enviarme miraditas sentimentales, niña; dijo la infernal mujer con una jovialidad y buena fé admirablemente fingidas: yo he venido á decir la verdad, y tu hermano, hija mia, me lo agradecerá, y así prosigo: ha de saber V., amigo, que su señora madre estuvo ayer al

anocheecer en mi casa á pedirme ochenta reales.

—¡Oh, pobre madre mia! murmuró el ciego con estremecimiento doloroso.

—Y aun si, por fin, hubiese venido á pedirme esa pequeña suma para comer, pase, continuó la vieja; el sacrificio hubiera sido menos penoso; pero, hijo mio, no era así: venia á pedirmela para satisfacer el deseo que V. tenia de ir al teatro.

Guillermo nada respondió: el dolor habia echado un nudo á su garganta.

—¡Y no piense V. que se contentaba con llevar á V. á un asiento modesto, no! ¡Querria llevarle nada menos que á palco bajo... á lo señor... á lo grande!

—¿Es eso verdad? volvió á preguntar á su hermana el pobre ciego.

—Sí, contestó la niña en voz baja y temblorosa.

—Por supuesto que yo no le di los ochenta reales: le dije que hacia muy mal en tener á V. en el error en que estaba, continuó la vieja, y le aconsejé que le sacara de él: porque me parece muy mal hecho que V. lleve una bata como un marqués y tenga chinelas bordadas, en tanto que su madre y su

hermana van vestidas del modo más miserable.

—Y mi madre y mi hermana habrán pasado hambre quizá, en tanto que yo comía manjares delicados, ¿no es cierto? preguntó con amargura el jóven.

—¡Pues está claro! ¡Figúrese V.! De fijo habrá habido días en que no hayan comido más que pan, y eso no todo el que hayan querido.

—¿Es esto cierto? tornó á preguntar el desgraciado, de cuyos ojos sin luz brotaban gruesas lágrimas.

—¡Sí! repitió la pobre niña, cuya mano oprimia su hermano fuertemente.

—¿Habeis pasado hambre?

—¡Hermano mio, por Dios!... ¡Me haces daño!... gritó Mercedes, que rompió en llanto.

—¡Contéstame!... ¿habeis tenido hambre?

—¡Nuestra madre... no sé!

—¿Y tú?...

—Yo...

—Habla.

—Pues bien... algunas veces hubiera comido más.

—¿Y qué comiais?

—Patatas... arroz... y no pocos días pan...

—¿Y nada más?

—Nada más.

Guillermo soltó la mano de su hermana y alzó al cielo sus ojos con muda y elocuente contemplacion.

—Creo que he hecho á V. un gran servicio, dijo doña Rita, porque ahora, que sabe su verdadera posicion, ahorrará muchos ratos de angustia á su buena madre: créame V., persuádala de la conveniencia de vender el mueblaje del cuarto de V., que es muy bueno, y podrá darles para comer algunos días; porque V. me parece tan razonable que ahora, que sabe lo que pasa, no querrá tener sillas de terciopelo y cama con elegantes colgaduras, en tanto que lo demás de la casa está blanqueado y desnudo, y su madre y su hermana duermen sobre un miserable jergón por haber vendido todos los colchones.

El silencio siguió á estas palabras.

Mercedes lloraba con la cabeza baja, y su acongojado corazón se despedazaba al ver el dolor sombrío de su hermano y al pensar en el que iba á sufrir su pobre madre: por lo

que toca á Guillermo, habia sepultado el semblante entre sus manos y dejaba escapar algunas lágrimas por entre sus blancos y afilados dedos.

—En cuanto á los criados que V. cree tener, amigo mio, continuó doña Rita, quiero tambien decirle que está en un gran error: en su casa no hay criado alguno: su pobre mamá y su hermanita son las que guisan los regalados platitos de V. y los pobres potingues que ellas comen: limpian además la casa, y no por eso dejan de trabajar noche y dia sin descanso alguno.

Las palabras de la despiadada mujer fueron interrumpidas por un canto que se oia á alguna distancia, pero que llegaba claro y purísimo por la melodía y fresca de la incomparable voz que lo entonaba.

—¡Calle! ¡sube por aquí la *comediantita!* dijo la solterona con extrañeza: vendrá á ver á Vds., porque por esta escalera solo aquí puede dirigirse: ¡vea V. qué lástima! ¡Una chiquilla que, á pesar de su alta estatura, no debe tener más de quince años, y dedicada á esa carrera de perdición! ¡Jesus! ¡Yo ni aun voy jamás al teatro! Creeria condenarme si tal hiciera: así es que solo co-

nozco á esa chica por sus gorgoritos y por habérmela hallado dos ó tres veces ahí... á la vuelta de la calle... con una mujer gruesa, que será su madre... ó pasará por tal... pues, V. ya me comprende, amiguito.

—Señora, respondió Guillermo alzando la cabeza: es necesario que se acuerde V. de que está en mi casa y de que habla delante de mi hermana.

Al decir estas palabras, la fisonomía del ciego tenia una expresion de dignidad tan severa, que doña Rita bajó la cabeza, creyendo que aquella mirada sin luz podia leer toda la ruindad de su alma.

—Si ha dicho V. ya todo lo que tenia que decir, puede V. retirarse, prosiguió Guillermo con amargura: le agradezco que me haya enterado de lo que sucede en derredor mio; pero ahora, que ya lo sé, necesito quedarme solo.

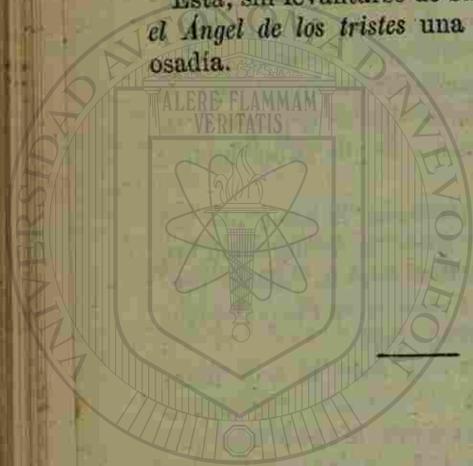
La vieja iba á contestar, cuando llamaron suavemente á la puerta de la habitación.

Mercedes fué á abrir.

—¡Esther! exclamó con un grito del alma. Y aún no habia espirado en sus labios, cuando la jóven artista apareció en el um-

bral de la salita donde se hallaban Guillermo y la malvada vecina.

Esta, sin levantarse de su silla, clavó en el *Ángel de los tristes* una mirada llena de osadía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII.

Detrás de Esther apareció una criada que llevaba dos objetos.

Era el uno una linda maceta de porcelana blanca con ramos azules, llena de oscura tierra, y en cuyo centro había plantada una frondosa mata de violetas.

Aunque el follaje era rico, lustroso y exuberante de verdor y de frescura, solo una florecilla había abierta en su centro.

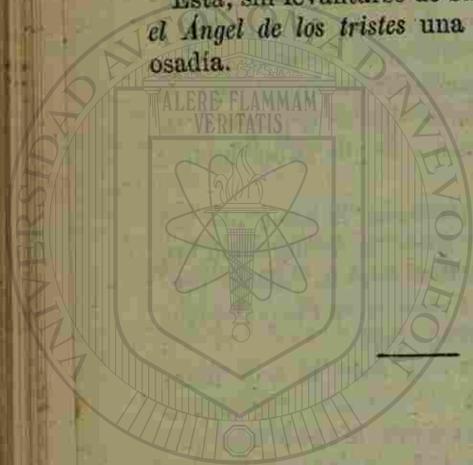
Una violeta, única, pero por lo tanto más bella, más rica de colorido y de aroma.

Temblaba en su cáliz una gota de rocío de la mañana, y se conocía que, cuidada por una mano cariñosa, acababa de abrirse á los besos del aura.

Rodeábala multitud de pimpollos que,

bral de la salita donde se hallaban Guillermo y la malvada vecina.

Esta, sin levantarse de su silla, clavó en el *Ángel de los tristes* una mirada llena de osadía.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

VIII.

Detrás de Esther apareció una criada que llevaba dos objetos.

Era el uno una linda maceta de porcelana blanca con ramos azules, llena de oscura tierra, y en cuyo centro había plantada una frondosa mata de violetas.

Aunque el follaje era rico, lustroso y exuberante de verdor y de frescura, solo una florecilla había abierta en su centro.

Una violeta, única, pero por lo tanto más bella, más rica de colorido y de aroma.

Temblaba en su cáliz una gota de rocío de la mañana, y se conocía que, cuidada por una mano cariñosa, acababa de abrirse á los besos del aura.

Rodeábala multitud de pimpollos que,

henchidos ya de aroma y de vida, ansiaban desplegar sus hojas de terciopelo.

El otro objeto que llevaba la criada, era un cuadro de media vara pintado al óleo y encerrado en un marco dorado de talla y de forma ovalada.

Este cuadro estaba cubierto con una gasa color de rosa.

Doña Rita, que aborrecía todo lo que era joven, puro, fresco y hermoso, se colocó sus lentes en la nariz y clavó sus malignos ojillos en la casta y deliciosa figura del *Ángel de los tristes*.

Llevaba Esther un traje de seda negro, de hechura lisa, como si para ir á visitar á la desgracia hubiera querido vestirse también de tristeza: sobre el cerrado escote de su vestido volvía un cuellecito de tul liso, guarnecido de un estrecho encaje de Valenciennes.

Sus largos cabellos rubios caían en sedosos rizos por sus mejillas, blancas como el alabastro; sus ojos azules brillaban con húmeda ternura, y toda su hermosa y noble fisonomía respiraba tal encanto y tan dulce sensibilidad, que hasta la maligna solterona se quedó arrobada.

Inclinóse la joven hácia Mercedes, por ser más alta que esta, y la abrazó besándola en la frente con íntimo cariño.

—Mi querida amiga, dijo con su dulce y argentina voz; hoy cumples años, y he querido traerte un recuerdo mio.

—¡Cómo! ¡Esa maceta es para mí! exclamó Mercedes con la alegría propia de su edad y olvidando todo lo que la rodeaba por contemplar el lindo jarrón de porcelana.

—Para tí, repuso Esther: vi que te gustaba la mia, y no pudiendo dártela porque era un regalo de mi buen padre, compré otra igual, sembré por mi mano una planta como la mia, y la he cuidado mucho á fin de ofrecértela el día de tu cumpleaños con alguna flor... Solo una he podido lograr, y esa se ha abierto hoy mismo... ¡mírala!

—¡Oh, qué hermosa es! gritó Mercedes arrojándose de rodillas delante de la maceta que la criada había dejado en el suelo: ¡nunca vi una violeta tan bella!

—Yo soy muy dichosa al verte alegre, amiga mia, continuó Esther; esta flor y este cuadro te recordarán mi cariño.

—¡Cómo! ¿Es también para mí ese cuadro? exclamó Mercedes.

—Sí: es el que me veías pintar por las tardes con tanto afán... porque también quería concluirle para hoy.

—¡Mi ramo! ¡Mi querido ramillete, que aún guardo marchito! volvió á gritar Mercedes que había quitado al cuadro su rosado velo: ¡es el mismo! ¡Un ramillete de violetas atado con una cinta rosa! ¡Oh, Guillermo! prosiguió volviéndose á su hermano: ¡qué lástima que no puedas verle tú, que tanto acariciabas el que me dió Esther!... ¡Es igual!... ¡Igual!... ¡Está retratado aquí!

—Le he copiado, contestó Esther, cuya frente de marfil se había enrojecido al oír decir á su amiga que el ciego había acariciado el ramillete que ella le regaló: sí, prosiguió: le he copiado: vi que amabas mucho las violetas, y como durante una gran parte del año no las hay, mi pincel las ha creado para tí.

—¡Oh, qué corazón tan noble tiene usted, señorita! exclamó Guillermo juntando las manos con admiración: no en vano la llaman *el Ángel de los tristes*.

—¡Ese es un nombre teatral! objetó con gran prosopopeya doña Rita; y por cierto, añadió fijando en Esther una mirada rencoso-

rosa, por cierto que las obras de esta señorita lo son también, lo mismo que su nombre... ¡Vea V.! ¡Regalar flores y un cuadro á una gente que se muere de hambre! ¡Mejor hubiera V. hecho en traerles algunos panecillos y algunas libras de carne!

Cubrióse de púrpura el hermoso y plácido semblante de Esther, al mismo tiempo que el de Guillermo se vestía de una palidez mortal.

—¡Señora! dijo el ciego con voz sofocada por la cólera: yo pensé que ya no estaba V. en mi casa, puesto que la despedí de ella.

—Si me iba ya cuando entró esta joven reina de teatro, respondió la vieja con una osadía increíble: ¡si ya me iba!... ¡Qué quehacer tengo yo aquí? ¡Solo vine á decir á usted que sus humos de conde mataban á su madre y á su hermana de hambre, que es la peor de las muertes!

—¡Basta! gritó Guillermo con voz terrible.

Pero aquella infame mujer, que quizá se hubiera atemorizado ante la cólera de un hombre sano y bueno, conoció que aún podía atormentar impunemente al desgraciado ciego, y continuó:

—¡Ya se ve que basta... y sobra!... ¡Pues me gusta!... ¡Haz favores para que te los paguen así!... ¡La culpa tiene quien sube á semejante desvan á oír desvergüenzas y á sentarse en sillas viejas de anea! ¡Yo que tengo mis sillones mullidos, mis alfombras... y mis candelabros!... ¡Esto está bueno solo para las comediantas como esta reina de los judíos!...

—¡Señora! exclamó Esther.

—Pues claro está... Hasta el nombre dice bien con la profesion teatral de V... ¡Esther!... ¿Cuántos Asueros trae V. al rededor?...

—Señora, respondió Esther, quien, con su claro talento, conoció que no adelantaria nada con irritarse; señora, yo no pertenezco al teatro, ni por el mero hecho de pertenecer á él creo que me desdoraría: sepa usted además que soy hija de un hombre honrado y de una mujer santa por sus virtudes y por su caridad.

—¡Ya, ya! Veo que tambien V. posee esa hermosa virtud; pero, amiguita, lo dicho: si es V. una muchacha juiciosa é hija de padres honrados, podia, en lugar de traer á estas pobres gentes flores y cuadritos, traer-

les pan y algun asado, que les hace más falta.

—Dios ha criado las flores y las artes más para los desgraciados que para los felices, contestó la jóven con una suprema y exquisita dignidad: su bondad es tan grande, tan inmensa, que no habia de dejar para el que sufre únicamente la vida material, tan llena de privaciones y dolores: por eso ha puesto en el alma de los desgraciados, aun más que en la de los dichosos, el sentimiento de lo bello; y es que la tristeza nos acerca á Dios y á las maravillas que prodiga su mano, al mismo tiempo que los goces del mundo alejan á los mortales de su Criador.

—¡Bah, bah, qué gerigonza! respondió doña Rita; nada entiendo de todo eso.

—Lo creo, señora, repuso Esther con una melancólica sonrisa.

—Pero veo, añadió venenosamente la solterona, que Dios ha criado á Vds. y la suerte los junta... ¡Já, já, já! Las palabrotas de usted dicen muy bien con las manías del ciego en querer hacer el duque, cuando ni él ni su familia tienen donde caerse muertos... ¡Já, já, já!

—¡Ahora mismo va V. á salir de aquí!

exclamó Guillermo con voz sorda y buscando á tientas á doña Rita: ¡ahora! repitió mientras sus dientes se chocaban convulsivamente; ¡ahora... ahora!

—¿Cómo es eso, caballero? ¡Saldré cuando me dé la gana! gritó con acento chillón doña Rita. ¡Pues no faltaba más! ¡Sobre que vengo á hacerles un favor y sobre que pido limosna para ellos á esta jóven, todavía se me vienen con roncas!

—¡Salga V., repito!

—¿Está V. jugando á la gallinita ciega, eh?

—¡Señora, váyase V. por Dios! exclamó Mercedes juntando las manos con terror: no es justo que haga padecer así ni que insulte á mi pobre hermano.

—¿Quién insulta á quién? ¿Por qué me echa de aquí? ¿No soy una señora? Y tengan Vds. entendido que me iré cuando se me antoje. ¿Quién me echará? ¡Un ciego y dos muñecas contra mí! ¡Pues bonita soy yo!...

—¡Luz!... ¡Un rayo de luz, Dios mío, y despues tñieblas para siempre! exclamó Guillermo alzando al cielo sus ojos, de los cuales se desprendían amargas lágrimas.

—Vaya, señora, fuera de aquí, dijo á espaldas de doña Rita una voz robusta.

La solterona se volvió con asombro.

No habia pensado en que se hallaba aún allí la criada que habia acompañado á Esther.

—¡Cómo, palurda! ¿Te atreverías?...

—He dicho que va V. á salir de aquí, interrumpió la muchacha, que era una fornida aldeana, llegada hacia pocos meses de su pueblo: y asiendo el flaco brazo de doña Rita, añadió:

—Andando, á la escalera.

—¡Pero esto es infame! gimió aquella, que se sentía arrastrar como una pluma; ¡ponerme la mano encima una záfia criada!

Lupercia, que así se llamaba la criada, no contestó: abrió la puerta de la escalera, sacó afuera á doña Rita y volvió á cerrar en seguida.

Ya no se oyó más la agría voz de la vieja, quien, sin duda por no hacer un ridiculo papel con los vecinos, tomó el partido de bajar callandito la escalera.

—¡Oh, señorita! exclamó Guillermo enjugando las lágrimas que aún temblaban en sus largas pestañas negras y dejándose

caer en medio de la estancia: ¡oh, señorita, déjeme V. que bese su mano! ¡Esa mano generosa que ha sabido derramar un rayo de alegría sobre el corazón de mi pobre hermana!

—Aquí está la mano de una amiga, dijo Esther adelantándose noblemente y poniendo su blanca y pequeña mano entre las del ciego; pero solo se la doy para que, apoyándose en ella, deje esa humilde postura que no conviene á la amistad.

—¡Cómo podremos expresar á V. nuestra gratitud! continuó Guillermo levantándose y sin atreverse á llevar á sus labios la mano de Esther: sin V., sin su presencia, no sé hasta cuándo nos hubiera estado martirizando esa odiosa mujer.

—Lupercia la sacó de aquí, dijo Esther, y á ella debo yo también darle gracias, porque nos ha librado de un terrible apuro.

—¡No que no! repuso la gruesa doméstica: ¡que la hubiera yo dejado un poco más, y de fijo que les pega á Vds.! ¡Si las solteronas viejas son el demonio! ¡tienen el corazón más duro que un canto!... Vió á este pobre señorito ciego y á Vds. dos que parecen dos alféñiques, y dijo:—¡Ahora es la mía!—pero no

contaba con la huésped, es decir, con los puños de Lupercia.

Un rumor sordo, que se oyó al otro lado de la puerta de la habitación, siguió á las palabras de la animosa campesina: oíase subir á algunas personas con paso tardo la escalera de la casa.

De pronto cesó el rumor y se oyó sonar la campanilla.

Lupercia fué á abrir, y dos mozos de esquina entraron en la salita sosteniendo un cuerpo inerte, y al parecer sin vida.

—¡Madre!... ¡Madre mia! gritó Mercedes arrojándose hácia él y tomando sus manos heladas.

—¡Eh! señorita... es preciso que pongamos á esta pobre señora en una cama, porque debe estar muy enferma.

—¡Mi madre!... exclamó Guillermo: ¡mi madre enferma!... ¿dónde está?... ¿Qué ha sucedido?

Y el desgraciado empezó á andar hácia el sitio en donde sonaban las voces, extendiendo las manos con ansia dolorosa.

—¡Un médico! Anda á llamar al de casa, Lupercia, dijo Esther: no vive lejos de aquí.

—¿Qué ha sucedido? preguntó despues á

los mozos de esquina en tanto que Guillermo, sentado á un lado del aposento y sombrero, dejaba escapar de vez en cuando un ronco sollozo.

—¡Toma! señorita... ha sucedido que, estando nosotros en la esquina de la calle de Carretas, vimos venir á esta pobre señora muy despacito y de un modo tal que parecia no podia arrastrarse: cuando la vi así tan descolorida y además con un traje tan miserable, dije á mi compañero:—Ahí viene una persona que se muere de hambre.—Es cierto, me respondió: ¡pobre mujer! Si no tuviera la mía y cinco hijos, le daría dos pesetas que tengo en el bolsillo; pero, amigo, lo primero es lo primero.

—Buen hombre, Dios recompensará tan noble pensamiento; dijo Esther en voz baja y al mismo tiempo que enjugaba sus ojos llenos de lágrimas.

—Pues, sígo, señorita, y Dios mismo la bendiga, que me parece V. un ángel de caridad: esa pobre señora habia andado algunos pasos más allá de nosotros, cuando la vimos caer... redondita al suelo... Entonces mi compañero y yo corrimos á ella y la levantamos; pero no sabíamos á dónde llevar-

la, cuando hé aquí que pasa una señora y nos dice:—¡Ah, pobre mujer! ¡Qué dolor para sus hijos!

—Pues qué, le pregunté yo, ¿sabe V. dónde vive?

—¡Que si lo sé! ¡Si es vecina mía! respondió: vive en la calle B..., en una hermosa casa, núm. 56, pero por la escalera interior; un cuarto tercero que ya está al fin de ella.

—Entonces, prosiguió el mozo, llamamos á un cochero que pasaba con su coche de vacío: subimos á él á la señora, y la hemos traído despacio, y caminando mi compañero y yo al lado del carruaje.

—¡Gracias, buen hombre! dijo Esther: tanto V. como su compañero han sido nobles y generosos: merecen recompensa sin duda, y la mayor y la más verdadera será la gratitud de esta pobre familia y el placer que habrá dejado en su alma una accion tan bella: yo soy hija de familia, continuó Esther, y no tengo en el bolsillo más que muy poco dinero; pero voy á dar á Vds. aquello de que puedo disponer.

Y la jóven, después de haber pronunciado con suma gracia y dignidad estas palabras, se quitó sus pendienteitos de oro, que forma-

ban un corazón en cuyo centro había engastada una esmeralda, y los presentó al mozo de esquina, que los tomó atónito y como maquinalmente.

Luego se acercó al otro, sacó del dedo anular de su mano izquierda una sortija con un brillante, y se la presentó igualmente.

—Pero, señorita, dijo este, lo que hemos hecho no merece que V. se despoje de sus alhajas por nosotros: no podemos admitir tan crecida recompensa: siempre fué obligación de todo buen cristiano socorrer en lo posible al que sufre.

—¡Ay, amigo mío! repuso Esther; ese es un deber, es cierto; pero hay personas que no lo cumplen, y siempre es digna de recompensa una acción tan benéfica como la que V. y su compañero acaban de practicar: guarde V. también mis pendientes, excelente hombre: ni una ni otra cosa les doy como recompensa, sino como un recuerdo de su caritativa acción.

—Muchas gracias, pues, señorita, dijo el mozo: tiene V. miel en los labios para persuadir: nunca venderé estas joyas que V. ha usado; pero mire V., acabo de casarme y

quiero mucho á mi mujer, que es buena y muy linda muchacha; pues bien, le regalaré los pendientes, y ella los usará.

—Me place mucho, observó Esther: ellos recordarán á su esposa de V. que está casada con un hombre generoso.

—Yo, dijo el otro, hace ya años que estoy casado y tengo cinco hijos; pero en querer y estimar á mi mujer no me gana ni Santiago ni nadie, y también daré esta hermosa sortija á mi mujer.

En aquel instante, la puerta que había dejado entornada Lupercia se abrió con estrépito, y la misma Lupercia se precipitó descolorida y jadeante en la habitación.

—¿Qué es eso? ¿Y el médico? preguntó Esther, cuyo fiel corazón le avisó de que alguna desgracia la amagaba.

—¡El médico!... exclamó la muchacha con voz sofocada: ¡el médico!... ¡Ay, señorita de mi alma!

—¡Dios mío!... ¿Qué ocurre?... ¿Qué sucede?... ¡Habla!...

—¡El médico está en casa!...

—¡En casa!... ¿Pues quién hay enfermo?... ¿Mi padre?... ¿Mi madre?... ¡Habla sin temor!

—¡Pues bien, señorita... la señora!...

—¿Qué?

—¡Se ha puesto muy mala! Cuando yo volvía de llamar al señor doctor, quien, según me dijeron no se hallaba en su casa, iba otro criado á buscarle para la señora... le encontró que volvía, y le llevó á casa.

Esther no oyó las últimas palabras de Lupercia: al oír que su madre estaba muy mala, exhaló un grito desgarrador y salió corriendo de la habitación, cruzó rápidamente la calle, y entró en su casa palpitante de temor y de angustia.

Los dos hombres, conductores de doña Clara, salieron también.

En aquella pobre habitación quedaron solamente Mercedes, que lloraba amedrentada y aturdida, Guillermo, taciturno y sombrío, y la infeliz madre tendida é inanimada sobre su misero lecho.

IX.

Moria la tarde de aquel triste día, cuando el pobre ciego se levantó de la silla en que había permanecido desde por la mañana.

Mercedes había ido á la cocina y traído encendido un veloncillo de hojadelata que apenas podía disipar las sombras que en pos de sí llevaba el crepúsculo.

La pobre niña no sabía qué hacer: el lio de costura que su madre había devuelto, hecha ya, al almacén, había sido entregado, á no dudar, puesto que los dos honrados hombres que la condujeron á su casa nada habían traído.

Mas, sin embargo, por una de esas desgraciadas casualidades, no debía haber sido pagada la obra, puesto que por más que re-

gistró con tímida mano los bolsillos del vestido de su madre, ni una moneda encontró en ellos.

Solo las personas que han tocado uno de esos apuros prosáicos, pero positivos y dolorosos de la vida, pueden conocer la zozobra de aquella desgraciada criatura, que, no obstante sus cortos años, estaba ya agobiada con tan árdnos y desconsoladores cuidados.

Doña Clara habia recobrado el conocimiento; pero vencida por una debilidad infinita, ni movia de la almohada su dolorida cabeza, ni siquiera parecia tener fuerzas para abrir los ojos.

Su hija sabia que desde el dia anterior por la mañana no habia tomado ningun alimento: y la pobre niña, convencida de que lo que tenia sobre todo era una excesiva debilidad y de que ningun socorro podia prestarle, ora miraba al cielo con angustia, ora á su hermano que, sombrío y silencioso, andaba por el aposento con pasos desiguales.

Largo rato esperó á que Guillermo rompiese el silencio: mas ¡ay! ¡fué en vano! Hacia ya muchas horas que duraba, y cada instante se iba haciendo más sombrío.

Las primeras nieblas de la noche aumentaron la angustia de la pobre niña, que, despues de poner la luz sobre la cómoda, se acercó á su hermano y le tocó en el hombro con timidez.

—¿Qué... qué es eso?... preguntó el jóven como si volviera de un profundo sueño.

—Guillermo, dijo Mercedes con voz baja y temblorosa; temo afligirte... pero nuestra madre hace muchas horas que no ha tomado alimento, y no hay nada en casa que darle.

—Ten un poco de paciencia, contestó Guillermo con voz sorda é impregnada de amargura: un poco de paciencia nada más... va á cerrar la noche... espera.

—¡Dios mio! ¿Qué quieres decir, hermano mio? exclamó la niña asustada por la expresion de las facciones de su hermano. ¡No te comprendo!

—¿Para qué quieres comprenderme, hermana mia? repuso el ciego con más amargura todavia: demasiados males has comprendido ya y has tocado para tu edad. Pero calla... ¿no dan las siete y media?...

—Sí.

—Bien: estamos en Abril, luego debe ser ya casi de noche... Al dar las ocho iré yo

en busca de algun socorro para nuestra madre.

—¡Algún socorro! repitió asombrada Mercedes. ¡Dios mio! Guillermo, ¿será posible que sepas dónde podremos hallar algún socorro?

—Sí, contestó el ciego; ¡en la caridad pública!

—¡Qué dices!

—Digo, hermana, que así que cierre completamente la noche, me despojaré de esta elegante bata, que nunca debí haberme puesto, me pondré mi vieja levita negra, bajaré á la puerta de nuestra casa y pediré una limosna á las buenas almas que Dios quiera acercar á mí.

—¡Virgen santa! ¡Pedir limosna tú! exclamó Mercedes horrorizada; ¡tú, hijo de personas nobles y que han sido ricas! Guillermo, ¿te has vuelto loco?

—Si tuviera vista, trabajaria, respondió el jóven; como no la tengo, iré á buscaros un pedazo de pan de la única manera que me es dado hacerlo: no envilece pedir por amor de Dios, hermana mia; robar sí, y yo no robaré ni cometeré jamás una mala accion, ni con vista ni sin ella.

La pobre niña nada respondió: con el semblante oculto entre los plieges de su delantal, lloraba.

—Vamos, continuó Guillermo: vamos, Mercedes, no llores... ya dan las ocho... tráeme la levita... no la más mala... la mejor: no es bueno, ni justo, ni cristiano aparentar mayor miseria de la que se tiene.

Mercedes fué á buscar la levita y ayudó á su hermano, quien, teniendo ya la bata quitada, se la puso al instante.

—Voy á decir adios á nuestra madre, dijo Guillermo así que estuvo vestido, y despues me ayudarás á bajar la escalera y á colocarme en la acera.

Dichas estas palabras, fué con bastante seguridad á arrodillarse ante el lecho de su madre.

Tomó una de sus manos que pendia lánguidamente, y apoyando su frente en ella, permaneció algunos instantes en esta postura.

¿Qué pensamientos ocupaban en aquellos instantes la dolorida cabeza de Guillermo?

Solo Dios pudo saberlo; pero los que comprendan algo de gratitud y de amor, podrán

suponer, sin temor de equivocarse, que desde lo íntimo de su alma pedía perdón al Todopoderoso y á aquella pobre madre enferma de su falta de conformidad y de las penas que le había causado.

Levantóse, por fin, con los ojos secos, las mejillas animadas de un vivo carmin y el pecho palpitante.

Parecía animado de entusiasmo, y no era extraño: porque si iba á sufrir una prueba dolorosa, iba en algún modo á compensar á su madre de una parte de lo que había sufrido por él durante tanto tiempo.

—¡Vamos! dijo á su hermana.

Y apoyándose en su brazo, salió con paso firme.

Doña Clara no advirtió que se quedaba sola: esa pesada somnolencia que precede en las naturalezas delicadas á la aparición de las primeras angustias del hambre, la envolvía como un helado sudario.

En tanto que ella permanecía inmóvil, sus hijos llegaron al fin de la escalera, y salieron á la calle.

—¿Te quedarás aquí, verdad? preguntó Mercedes á su hermano.

—No, respondió este: nuestra calle es, se-

gun dicen, bastante solitaria; ¿no hay otra más céntrica cerca de aquí?

—Sí... aquí... á la vuelta... ¡Pero en ella vive Esther con sus padres!

—¡Bien! ¿Y qué importa?

—¡Dios mio! ¡Te verán!

—Dios me ve también, y grita dentro de mi alma: «¡Cumple con tu deber!» Así, pues, hermana mía, no temas que yo sufra y acompáñame á esa otra calle por la cual pasa más gente.

—Vamos, pues, ya que lo quieres.

Mercedes asió la mano de su hermano y le condujo á la otra calle por donde pasaba más gente, y que, á aquella hora, estaba más concurrida que á ninguna otra del día.

—Ahora, vete arriba, dijo Guillermo á su hermana con voz serena.

La pobre niña no se movió.

—¿No me has oído? observó Guillermo; vete á cuidar de nuestra pobre madre, que Dios tocará algún buen corazón que nos socorra: yo estoy tranquilo, ya lo ves; voy á cumplir un sagrado deber.

Mercedes, casi convencida por las palabras de su hermano, y, sobre todo, por el acento con que las pronunciaba, dió la vuelta á la

calle y empezó á subir de nuevo la escalera.

Pero de sus ojos se desprendian gruesas lágrimas, sin que, por más esfuerzos que hacia, pudiese contenerlas.

Guillermo quedó en la acera, y aplicó el oído para distinguir si pasaba alguna persona cerca de él.

No tardó en percibir el fuerte ruido de unos tacones.

Entonces abrió los labios y extendió la mano; pero ni un sonido salió de su garganta, ni aquella fina y blanca mano pudo quedarse extendida durante largo tiempo, pues bien pronto un doloroso rubor hizo caer con desaliento el brazo que la sostenia.

El transeunte se alejó sin comprender el inmenso dolor que hubiera podido aliviar.

¡Oh, mis queridos lectores! Si alguna vez cuando paseis con vuestros padres por alguna de las más populosas calles de la córte, veis á un pobre jóven, á una infeliz mujer que os tienden en silencio una mano temblorosa, compadecedles profundamente, y si os es posible, dejad algun socorro en ella. No sabeis quizá, ¡y felices vosotros que lo ignorais! no sabeis la cruel vergüenza, el asombro, el amargo rubor que cuesta, á

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO R. Y. L. S."
Apdo. 1822 MONTERREY, N. L.

lta
di-

aquel ser desgraciado implorar vuestra caridad!

¡Tal vez ha sido llevado á aquel extremo pará no ver morir de hambre á su madre ó á sus hijos! ¡Tal vez le obliga á tan cruel extremo el instinto de la propia conservacion! ¡Pensad en el pobre Guillermo, y le socorreréis con vuestra limosna, ó le consolareis al menos con vuestra compasion!

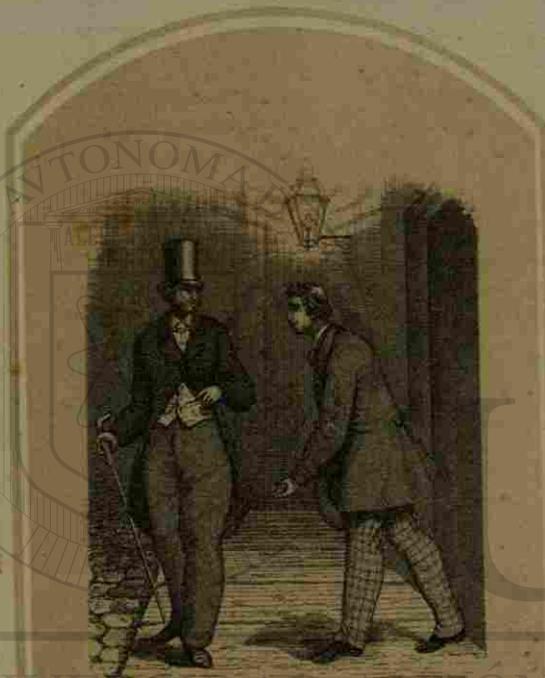
El desgraciado jóven se acusó amargamente cuando el ruido de aquellos pasos que se alejaban le hizo comprender que quizá habia dejado perder un socorro inmediato y precioso.

—¡Oh, qué miserable soy! murmuró con ahogado acento. ¡Héme aquí detenido por viles escrúpulos, en tanto que mi infeliz madre espira de hambre!

Casi al mismo tiempo que se decia esto, volvió á oír pisadas varoniles, y elevó al cielo sus ojos para pedirle valor.

Sin duda que Dios oyó su ruego, porque tuvo fortaleza para alargar de nuevo su mano y decir con levantado acento, aunque con voz alterada:

—¡Caballero!... ¡una limosna para mi pobre madre!...



Caballero... una limosna para mi pobre madre!

Lith. de V. Minckler

W. G. Wood

El que pasaba se detuvo: vió á un jóven de buena presencia, y vestido con una levita negra: buscó en su bolsillo, y sacó un napoleon que puso en aquella temblorosa mano.

—Tome V., hijo mio, dijo, y perdone que no le pueda dar más: cuanto dinero llevaba lo he repartido ya; pero si mañana me espera en este mismo sitio, podré mayor cantidad.

—¡Ah, señor! exclamó Guillermo cayendo de rodillas sobre la acera y pugnando por hallar la mano de su bienhechor: ¡Dios se lo pagará á V.!

—¡Papá!... ¡papá!... gritó á este tiempo una voz juvenil, pero agitada. ¡Ah, papá! ¡Gracias á Dios que llegas!

—¡Hija mia! Esther, ¿qué pasa? ¿Cómo vienes sola? exclamó el interlocutor de Guillermo.

—¡Mamá está mala!..., respondió Esther, cuya voz estaba ahogada en lágrimas.

—¿Qué? ¿Que está mala tu madre? ¿Desde cuándo?... ¡Cómo! ¿No habeis ido á llamar al Sr. Aguado?

—¡Ay! hemos ido, pero tardó en llegar, porque no estaba en su casa; y yo, viendo

que mi pobre mamá no volvía en sí, salí á buscarte sola y casi sin saber lo que hacia.

En tanto que Esther y su padre cambiaban estas palabras, Guillermo, anonadado, permanecía en su humilde postura.

Apenas podia darse cuenta de lo que pasaba en torno suyo: sus oidos zumbaban espantosamente, y su cuerpo temblaba.

¡Hacia ya doce horas que no comia, y los terribles sacudimientos que acababa de sufrir, quebrantaban su débil organismo!

—¡Ah! ¡Es el hermano de Mercedes! exclamó de pronto Esther reconociendo al jóven.

Inclinóse el Dr. Valladares y reconoció, en efecto, el noble semblante de Guillermo.

—Levántese V., pobre jóven, y vuelva á su casa, le dijo con su voz grave y dulce á la par; ya ve V. cómo tambien á mí me envía una ruda prueba la Providencia; pero no desconfiemos jamás de su misericordia. Mi hija, continuó, acompañará á V. á su casa, y yo, así que vea á mi mujer, iré á ver á su buena madre.

Guillermo no pudo contestar: las lágrimas le ahogaban. Esther tomó su mano y le dijo con dulzura:

—Vamos.

Guillermo se dejó conducir sin decir nada, y ambos jóvenes cruzaron el espacio que les separaba del pasadizo, y bien pronto se hallaron en la habitación del ciego.

—Voy al lado de mi madre, dijo Esther no bien Mercedes abrió la puerta; pero muy pronto volveré aquí.

—¡Oh, sí, sí! exclamó Mercedes; porque tú eres el *Ángel de los tristes*, y solo hay tristeza entre nosotros.

Esther le estrechó la mano y volvió á bajar la escalera.

—¿Traes algo, hermano? preguntó ansiosamente la pobre niña.

—Sí, contestó el ciego, toma.—Y presentó á su hermana la moneda de plata que le había dado el doctor.

—¡Pero, Dios mío! ¡Yo no sé lo que dar á nuestra pobre mamá, Guillermo! dijo Mercedes: está fría, inanimada, inmóvil... no vuelve de su desmayo... ¿Cómo hemos de hacer para que tome alimento?

El silencio siguió á estas palabras: Guillermo no tenía ya fuerzas ni voluntad; la falta de alimento, las horribles sacudidas de aquel día funesto, lo doloroso y extremo de

su situación presente le sumían en una desesperación profunda: ¿qué podrían hacer por aquella madre agonizante un hijo ciego y una hija de tan poca edad que aún no columbraba ninguna de las necesidades de la vida?

¡Y su madre, en tanto, moría sin socorro! Quizá aquel letargo era el sueño de la muerte.

—¿Qué hacemos, Guillermo, qué hacemos? volvió á preguntar Mercedes, cuyos ojos no cesaban de verter lágrimas hacia ya muchas horas.

—¡Oh, Dios justo y misericordioso! exclamó el ciego alzando al cielo sus ojos sin luz y sus enflaquecidas manos: ¿en dónde están tu justicia y tu misericordia?

Un campanillazo respondió á estas palabras.

Mercedes fué á abrir, y entraron tres personas en la sala.

Eran Esther, un hombre de edad madura y aspecto noble, y Lupercia, que traía un cesto tapado.

—Caballero, dijo el recién llegado dirigiéndose á Guillermo: soy amigo y compañero del Sr. Dr. Valladares, que me confía la

salud de su familia: ¿quiere V. confiarme la de su señora madre? Mi amigo me envía á hacer sus veces, pues él se queda junto á su esposa.

—Mi padre vendrá luego, dijo Esther, pues ahora no ha podido separarse de casa.

—¡Oh, señorita! ¡No hay frases en el lenguaje humano que puedan expresar lo que yo siento! exclamó Guillermo; pero caballero, por Dios, vea V. el estado de mi madre, que debe ser muy alarmante... ¡Tenga usted piedad de ella... y de nosotros!

El médico se acercó al lecho y tocó las sienes de la infeliz señora.

No tenía pulso ya, y tan solo un ligerísimo movimiento en la region del corazon le daba alguna diferencia con un cadáver.

El doctor pidió una cuchara á Lupercia, quien sacó una de plata del cesto: sacó él á su vez un frasco de su bolsillo y la medió del líquido que contenía, haciéndolo tragar á doña Clara.

Poco á poco apareció un leve color en las mejillas y en los labios de la pobre señora, que abrió los ojos buscando á sus hijos.

Luego hizo un esfuerzo para levantarse y balbuceó:

—¡Oh, Dios mio!... no me han pagado... ¡Qué será de ellos!...

—Tranquilízate, mamá, dijo Mercedes; aquí están Esther y Guillermo, y además el señor doctor.

—La botella de la leche, señorita, dijo el médico á Esther.

Del cesto de Lupercia salió una hermosa botella blanca, casi llena de leche tibia, y una copa de cristal de roca.

El doctor puso como unos dos dedos en la copa, y la acercó á los labios de la enferma.

—¡Dios mio, Guillermo! ¿Qué tienes? exclamó Mercedes de pronto: ¡qué pálido te pones!

—Hija mia, es preciso dar de comer á esos desgraciados jóvenes, dijo el doctor á Esther.

—Al instante, repuso la jóven: Lupercia, desocupa esa mesa y cúbreala.

La muchacha obedeció, y la mesa que habia en la estancia se vió bien pronto cubierta con un mantel, sobre el cual lucian un plato de pescado frito, otro de asado y algunas frutas.

—Vamos á cenar, dijo Esther: el estado de mi madre es mucho menos alarmante, y

como el doctor y yo no queríamos dilatar nuestra venida, hemos hecho traer á Luper-
cia la cena aquí. Amigo mio, Mercedes,
continuó con suma gracia, es preciso que
nos acompañeis á cenar.

—¡Oh, señorita! exclamó Guillermo: ¡de
qué manera tan sublime cumple con el pre-
cepto misericordioso que manda *dar de co-
mer al hambriento!* ¡Si, porque nosotros te-
nemos hambre, y mi pobre madre de hambre
se moría también!

—¡Qué! ¿No quieres cenar, hermano? pre-
guntó Mercedes con desconsuelo, porque la
infeliz criatura se sentía desfallecida de de-
bilidad.

—¡Por qué no? repuso el ciego: ¡si, tomaré
de ese alimento que me ofrece la santa ca-
ridad! Jamás han avergonzado sus dones á
los corazones honrados: solo las malas ac-
ciones deben causar rubor, y yo, que des-
confiaba ya de la misericordia divina, me
inclinó ahora ante la inmensidad de su
grandeza.

Sentóse Guillermo á la mesa al acabar
de pronunciar estas palabras, y la cena em-
pezó.

El pobre jóven tenia razon. Jamás se ha-

bía cumplido más extensamente la segunda
de las obras de misericordia que en aquella
ocasion.

El Ángel de los tristes daba de comer al
hambriento con toda la nobleza, con toda la
mansedumbre, con toda la delicadeza de que
es capaz un corazon cristiano y un corazon
de mujer.

La pobre Mercedes comia casi con afan:
hacia tanto tiempo que su paladar solo pro-
baba alimentos mezquinos y ordinarios, que
aquel banquete le parecia un sueño.

De repente la voz de su desfallecida ma-
dre fué á distraer su atencion, ó más bien,
á herir su oido de un modo doloroso.

Un murmullo débil é ininteligible se es-
capaba de los labios de doña Clara.

El médico, que aparentaba comer, pero
que, como Esther, casi no habia probado los
manjares, se aproximó al lecho.

—Es natural, dijo, que entre la reaccion:
hay un poco de fiebre, pero no ofrecé nin-
gun cuidado.

En efecto, las mejillas de doña Clara se
habian encendido poco á poco, y su pecho
latia con una fuerza insólita: empezaba á
agitarse, y las palabras salian de sus labios

con mayor claridad, á causa del estado febril que le prestaba fuerza.

Toda su dulzura, toda su paciencia habitual parecían haber desaparecido ante un violento enojo, ante una dolorosa indignación.

—¡Ah, infame! exclamó de repente en voz alta: ¡oh, vil Valladares! ¡Tú eres la causa de nuestra miseria! ¡Tú... tú has robado á mis hijos el pan que les habia ganado su padre!

—¡Qué es lo que oigo! dijo á la puerta de la estancia, con voz grave y dulce, el padre de Esther.—Y sin detenerse á mirar á los que comían, se fué derecho á la alcoba y se apoyó anhelante en el lecho.

En tanto la señora de Rocamora se agitaba más violentamente, acosada por las visiones de su delirio.

—¡Es preciso buscarle! gritó incorporándose con una fuerza de que no se la hubiera creído capaz: ¡es preciso buscarle... prenderle!... ¡su quiebra es falsa!... ¡y se lleva treinta mil duros que son la herencia de mis hijos, y cuya pérdida costará la vida á mi marido!... ¿Que cómo se llama?... ¡se llama Manuel Valladares... sí!... Valladares, el

banquero, que hasta hoy ha tenido tanta fama de honrado!... ¡y que es un infame!

El doctor se separó del lecho, pálido y trémulo, y pasó por su frente, cubierta de sudor, su pañuelo de batista; luego se acercó á Guillermo y le puso la mano en el hombro.

—Jóven, le dijo con voz lenta y solemne; por la memoria de su padre, le ruego que me responda la verdad acerca de lo que voy á preguntarle: ¿tenia su familia de V. fondos colocados en casa del banquero Valladares?

—Mi padre habia colocado en esa casa toda su fortuna.

—¿Y la pérdida de esa fortuna es la que ha reducido á Vds. al lamentable estado en que se ven?

—¡Ay, caballero! ¡La pérdida de todos nuestros bienes nos ha reducido á la miseria!

Reinó un instante de silencio durante el cual todos los corazones latían: el doctor, cuya frente se hallaba cubierta con la púrpura de la vergüenza, hizo sobre sí mismo un poderoso esfuerzo y dijo con acento firme:

—Yo soy el hermano del banquero Valla-

dares, y diera la mitad de mi vida, añadió con vehemencia, por poseer la suma que su padre de V. depositó en su poder, á fin de poderse la entregar á V.; pero, caballero, soy casi pobre; deseoso de borrar la odiosa acusacion de robo que pesaba sobre el nombre de mi familia, he dado á los desgraciados cuanto tenia, y mi fortuna es muy escasa.

— Señor... balbuceó Guillermo con respeto.

— Pero, prosiguió el doctor, me quedaré solo con pan para mi esposa y mi hija, y todo el resto de lo que poseo será á V. entregado dentro del dia de mañana.

— ¡Jamás! exclamó Guillermo: ¡mi madre y yo jamás aceptaremos tal sacrificio!

— ¡Y por qué no, hijo mio? preguntó el médico con triste sonrisa: yo quiero salvar el nombre de mi padre, el nombre de mi hija de la mancha que le ha impreso mi culpable hermano: no me prive V. de esta justa satisfaccion: en tanto que yo pueda evitarlo, no habrá un ladrón en mi familia.

— Lo hará como lo dice, dijo al oído de Guillermo el otro médico.

— ¡Y hará su deber! añadió Esther, con su voz dulce como el canto de un ángel. Sí, pa-

dre mio, añadió tomando las manos del anciano; tu hija te bendecirá por tu fortaleza, por tu virtud.

— ¡Oh, no tener yo vista! exclamó Guillermo, que cruzaba la estancia con una especie de desesperacion; pero así, ¿cómo impedir tan enorme sacrificio?

Estas palabras del jóven hicieron volver la cabeza al doctor, que llevó la mano á la frente y se aproximó á aquel con viveza, como si le hubiera herido un rayo de luz.

Guillermo se sintió detenido por la mano del médico, que acercó á sus ojos el veloncio de hoja de lata.

— ¿Ve V. la luz? le preguntó.

— No, señor, contestó Guillermo con tristeza.

— ¿Nada? ¿nada absolutamente?

— Veo, ó mejor dicho, noto su resplandor.

— ¿Le han visto á V. otros facultativos?

— Muchos, y todos han declarado que lo que yo tenia era gota serena.

— Se han engañado, pues; dijo el doctor con voz que temblaba de satisfaccion: se han engañado, y por ello doy gracias al cielo. Jóven, continuó el médico, yo devolveré á V. la vista, y de este modo dejaré satis-

fecha la parte de deuda de mi desgraciado hermano que no alcance á cubrir mi fortuna.

—¡Dios mio! exclamó Guillermo: ¿he comprendido mal? ¿Podrá V. sacarme de esta eterna noche?

—¡Sí, pobre jóven! ¡Devolveré á V. la luz, el porvenir, la felicidad! ¡Así Dios me devuelva la vida de mi esposa, amenazada por una enfermedad mortal!

El médico, dichas estas palabras, salió seguido de su hija.

Junto á la postrada doña Clara, quedaron el otro doctor y Lupercia.

En cuanto á Guillermo, se encaminó á su cuarto y se dejó caer de rodillas, llorando de felicidad, y pidiendo perdon á Dios por su falta de esperanza.

X.

Dos días despues, tenía lugar una importante escena en casa del Dr. Valladares.

Eran las dos de la tarde.

En una alcoba sostenida por graciosas columnas de jaspe, y acostada en un gran lecho, se hallaba la madre de Esther inmóvil, pálida y al parecer sin vida.

No veía, no oía, ni siquiera abría los ojos: á un lado del lecho estaba en pié el Dr. Aguado, y al otro Esther de rodillas y rezando.

El Ángel de los tristes lloraba: de cuando en cuando desunía sus manos, blancas como el marfil, para enjugar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Delante del balcon se hallaba sentado

fecha la parte de deuda de mi desgraciado hermano que no alcance á cubrir mi fortuna.

—¡Dios mio! exclamó Guillermo: ¿he comprendido mal? ¿Podrá V. sacarme de esta eterna noche?

—¡Sí, pobre jóven! ¡Devolveré á V. la luz, el porvenir, la felicidad! ¡Así Dios me devuelva la vida de mi esposa, amenazada por una enfermedad mortal!

El médico, dichas estas palabras, salió seguido de su hija.

Junto á la postrada doña Clara, quedaron el otro doctor y Lupercia.

En cuanto á Guillermo, se encaminó á su cuarto y se dejó caer de rodillas, llorando de felicidad, y pidiendo perdon á Dios por su falta de esperanza.

X.

Dos días despues, tenía lugar una importante escena en casa del Dr. Valladares.

Eran las dos de la tarde.

En una alcoba sostenida por graciosas columnas de jaspe, y acostada en un gran lecho, se hallaba la madre de Esther inmóvil, pálida y al parecer sin vida.

No veía, no oía, ni siquiera abría los ojos: á un lado del lecho estaba en pié el Dr. Aguado, y al otro Esther de rodillas y rezando.

El Ángel de los tristes lloraba: de cuando en cuando desunía sus manos, blancas como el marfil, para enjugar las lágrimas que se deslizaban por sus mejillas.

Delante del balcon se hallaba sentado

Guillermo; y detrás de su sillón, dos jóvenes, ayudantes del doctor, preparaban vendajes y un estuche lleno de finísimos instrumentos.

El doctor se paseaba á lo largo del aposento: sus labios se movían como si rezase.

En una de sus vueltas se acercó al lecho, y puso su mano sobre la que su esposa tenía extendida sobre la sábana.

—¡Lo mismo! dijo con profunda amargura, tras algunos instantes de observación.

—Sí, lo mismo, amigo mío, observó el otro médico; y me admira, en verdad, que mientras dura esta terrible crisis piense usted en hacer esa delicada operación.

—¿No ve V. que ese infeliz espera? repuso el doctor: ¿no sabe V. que es una deuda sagrada la que voy á satisfacer?

—¿Pero tendrá la mano de V. la seguridad necesaria?

—¡Dios se la prestará!

Luego, acercándose á Esther, á quien levantó en sus brazos, añadió:

—¿No es verdad, hija mía, que Dios dará fortaleza á mi mano?

—¿Pues quién lo duda, papá? respondió la

jóven: y, á través de sus lágrimas, se abrió paso una sonrisa, como un rayo de sol en un cielo lluvioso: no solamente dará Dios seguridad á tu mano, sino que, al acabar tú la operación, se habrá terminado favorablemente la crisis de mi madre.

En el semblante de Esther brillaba una fé celestial, al pronunciar ella estas palabras: era, en verdad, *el Ángel de los tristes*, pues solo la fé en la bondad divina puede consolar las penas de la vida.

—Ve, padre mío, añadió la jóven: Dios no dejará sin recompensa tu benéfica acción: mientras tanto yo seguiré rezando.

Volvió á arrodillarse, y el doctor se acercó de nuevo al lecho.

—¿Sigue mejor, en efecto, la infeliz madre de ese jóven? preguntó.

—Se ha levantado ya: el cuidado de su hija y el excelente caldo que ha tomado, la han sacado de su estado de postración y abatimiento. ¡Figúrese V. con cuánto afán esperará á su hijo!

—¡Es verdad! repuso el doctor; ¡sea, valor y empecemos!

Echó á su esposa una última mirada y se acercó á Guillermo.

—¡Silencio todos! dijo el doctor.

La operacion empezó.

Con mano segura fué batiendo las cataratas que cubrian la vista de Guillermo, y que eran en extremo ligeras y por lo mismo muy peligrosas.

Un silencio sepulcral reinaba en la habitacion, interrumpido solo por el rumor de la respiracion de la enferma, que iba siendo cada vez más perceptible.

Así pasaron veinte minutos, al cabo de los cuales se oyeron dos gritos simultáneos.

—¡Ah, Dios mio! ¡Ya veo la luz! exclamó Guillermo con un acento arrancado de lo más íntimo del alma.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Se ha salvado! exclamó á su vez Esther.

Aquellos acentos resonaron en el corazon del médico; pero con una firmeza heroica no volvió siquiera la cabeza, y acabó la operacion, que terminó con la mayor felicidad.

—¡Ah, hermana mia! gritó Guillermo al ver entrar corriendo á Mercedes en la habitacion.

—¡Dios mio, hermano mio!... ¡Conque ya ves!... dijo la niña, á quien Guillermo es-

trechaba entre sus brazos. Mamá me encargó que viniera, porque estaba con un desasosiego, con una impaciencia... ¡Virgen santa! ¡Va á volverse loca de alegría!

—El sudor ha empezado... y el letargo se disipa por instantes, observó el otro médico acercándose al generoso operador; ya ha conocido á Esther.

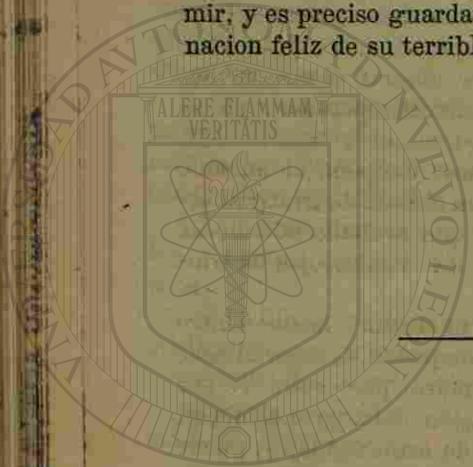
—¡Gracias á Dios! exclamó el anciano alzando al cielo una mirada de gratitud ardiente, y en tanto que acababa de colocar los vendajes ante los débiles ojos de Guillermo.

—Hijo mio, dijo el doctor: hasta dentro de cuarenta dias no puede V. tener el consuelo de ver á su madre; pero sufra V., por Dios, esa mortificacion: feliz yo si el dia en que despoje á V. de estos vendajes, puede presenciarlo mi esposa, libre de la terrible enfermedad que la ha tenido al borde del sepulcro!

—¡Oh, bienhechor mio! exclamó el joven besando con trasporte las manos del médico; ¡qué haré yo para pagarle su caridad!

—Si acaso está V. obligado á alguno, es á mi hija, repuso el doctor: si ella no hubiera querido subir á pintar sus violetas, no

hubiera conocido á Mercedes, y yo no hubiera conocido á V... Pero silencio, añadió el Sr. Valladares; mi mujer empieza á dormir, y es preciso guardar ese sueño, terminacion feliz de su terrible crisis.



XI.

Pasemos dos años, queridos lectores, y os hallareis en una linda y cómoda habitacion de la misma casa en que tan pobres conocimos á doña Clara y á sus hijos.

Han dejado su misero cuarto tercero, y se han bajado á uno de los segundos que dan á la calle.

Son las doce del dia, y están acabando de almorzar seis personas, servidas por un criado y una criada.

Estas seis personas son doña Clara, sus dos hijos, Esther y sus padres.

Guillermo, con sus hermosos ojos, no ya parados y sin luz, sino brillantes, vivaces y expresivos, parece otro jóven distinto de

aquel melancólico y sombrío que conocimos.

Difícil sería hallar una belleza semejante á la suya, unida á una elegancia más natural y perfecta, y á un carácter más tierno y expansivo.

Á su lado está Esther, con su belleza dulce, suave y algo triste.

Más allá Mercedes, tan alta, tan linda, tan alegre, que da gozo mirarla.

Por último, el doctor y su esposa, en cuyas frentes refleja una satisfacción profunda, y doña Clara, cuyo semblante respira una inefable felicidad.

—Vamos, vamos, dijo el doctor: aborremos la cuestión ahora, sin levantarnos de la mesa: hoy cumple mi hija diez y siete años, y hay que solemnizar su natalicio fijando el porvenir.

—Doctor, por Dios, no hablemos de eso: balbuceó ruborizada doña Clara.

—Por el contrario, hablemos, hablemos.

—Amiga mía, observó la madre de Esther: ya he manifestado á V. que mi esposo, en estos dos años, ha triplicado su fortuna: parece que Dios ha bendecido su mano desde la cura de Guillermo.

—Hijo mío, dijo el doctor al jóven: vas á recibir en este instante los quince mil duros que tantas veces has rehusado.

—¡Jamás! exclamó Guillermo, cuyas mejillas se cubrieron de un vigoroso rubor; jamás; mi madre, mi hermana y yo vivimos holgadamente con los doce mil reales de mi sueldo: ¿no ha sido V. quien me ha dado mi destino? ¿No tengo en él una renta honrosa?

—¿Es esa tu última resolución, Guillermo?

—La última, ¿verdad, madre mía?

Doña Clara hizo un signo enérgico de asentimiento.

El doctor dejó un paquete de billetes sobre la mesa y sacó otro de su bolsillo.

—Guillermo, dijo levantándose y con voz solemne, ¿quieres por esposa á mi hija única?

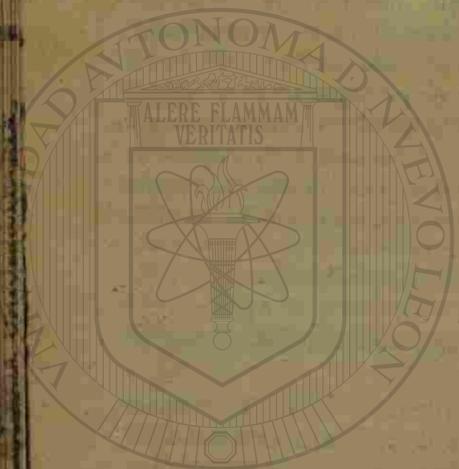
El jóven dejó escapar un grito de alegría.

—Yo sé que os amais, continuó el doctor; así, toma, hija mía.

Y el médico puso en la mano izquierda de su hija el paquete de los quince mil duros. Luego le tomó la derecha y la puso en la de Guillermo.

—Esther es tu mujer, y esa suma es el dote que yo le he destinado.

—Amiga mía, dijo á su vez la madre de



ÍNDICE.

Capítulos.	Páginas.
I.	9
II.	15
III.	33
IV.	46
V.	66
VI.	82
VII.	103
VIII.	117
IX.	133
X.	155
XI.	161

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



lta
di-

EL
CETRO DE FLORES.

COLECCION DE LEYENDAS

BASADAS EN LAS

OBRAS DE MISERICORDIA.

CATORCE tomos. OCHO rs. cada tomo.
CIEN reales toda la obra.

Cada tomo constituye una leyenda completamente independiente de las demás.

TÍTULOS DE LAS LEYENDAS.

- I. . . EL CASTILLO, LA ALDEA Y EL PALACIO.
- II. . . EL ÁNGEL DE LOS TRISTES.
- III. . PLÁCIDIA Y MATEO.
- IV. . LA GITANA.
- V. . . VOLVER BIEN POR MAL.
- VI. . LA CORONA NUPCIAL.
- VII. . LA EXPIACION.
- VIII. MARIANA.
- IX. . MÚSICA Y FLORES.
- X. . . LA SORTIJA.
- XI. . LA MAYOR DE LAS VICTORIAS.
- XII. . EL JARRON DE LA CHINA.
- XIII. LA COPA DEL OBISPO.
- XIV. AMOR DE MADRE.

ADVERTENCIAS. Los precios para Ultramar y el extranjero los fijan los corresponsales.

En la administración, calle de Trujillos, núm. 3, cuarto segundo, Madrid, se facilitan catálogos de todas las obras y publicaciones de la Sra. Sinués de Marco.

